

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
ESCUELA DE FILOSOFÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA**

“EL ESPÍRITU DE LA MÚSICA Y LA VOLUNTAD DE VIVIR”

Por

PATRICIA ELIZABETH MEJÍA DONOSO

DIRECTORA: NANCY JOSEFINA OCHOA ANTICH

QUITO, 2013.

Dedicatoria

A mi padre Rommel y a mi madre Patricia con mucho amor y gratitud, a mis hermanos Rommel y Juan David por ser parte de mi vida, a mi abuelita Rosita por su dulzura, a mis

sobrinas Amy y Valentina por su inocencia,

A la música y a todos los seres entusiasmados,

A Memo por su existencia y su amor incondicional, a Totoro por toda la luz.

A mis amigos sinceros, filósofos y músicos por los buenos momentos, a mis amigos

animales y espíritus del bosque por la inspiración,

A mis profesores De Filosofía y a mi directora Nancy con un fuerte abrazo,

A la vida siempre.

ABSTRACT

El espíritu de la música y la voluntad de vivir es el tema que explicaré en este trabajo.

Como parte de la filosofía vitalista podemos comprender la música desde un alcance filosófico, ya que pertenece a la vida y por ello es filosofía también.

En este tema el origen del espíritu de la música se asocia con dos divinidades griegas, Apolo y Dionisos, los cuales son los principios duales de la naturaleza y del devenir de la existencia vital.

Entre estos dos dioses se da la gran obra de arte musical que es el crearse a uno mismo.

En las manifestaciones de estos dos dioses observaremos cómo se lleva a cabo la reconciliación del hombre con la divinidad y la naturaleza y cómo los individuos pierden su identidad para encontrar la esencia originaria y, mediante la música como catarsis eufórica ritual artística, logran aceptar la vida tal y como es.

ÍNDICE

ABSTRACT	ii
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: LA VISIÓN DIONISIACA DEL MUNDO	5
1.1. Dionisos y Apolo, las divinidades de la tragedia (vida y apariencia)	11
1.2. La dimensión metafísica del arte y el sentido trágico de la existencia	14
CAPÍTULO II: EL ARTE (LA MÚSICA) COMO VOLUNTAD DE VIVIR	22
La música y el genio como hombre trágico	27
CAPÍTULO III: EL MUNDO Y LA EXISTENCIA JUSTIFICADOS COMO FENÓMENO ESTÉTICO	36
3.1. La naturaleza estética del fenómeno musical	45
3.2. El sentido irracional en la justificación y creación artística del hacerse a uno mismo	48
CONCLUSIONES	58
BIBLIOGRAFÍA	62

INTRODUCCIÓN

“Sin música la vida sería un error” (Crepúsculo de los ídolos, § 33)

Esta introducción va a referirse a dos aspectos: al enfoque general de la disertación y a la biografía y a sus fuentes bibliográficas.

Como defensora del arte y defensora de la vida y el haber sido estudiante de Filosofía, rescato a esta maestra de sabiduría que es la música. Quise encontrar un sentido en mi vida, el cual haya sido el fin de haber estudiado filosofía. Mediante esta razón estética, metafísica, vitalista y un tanto existencialista pude acercarme con más profundidad al pensamiento que remite todos los pensamientos universales. Esta forma de mirar es para mí el sentido primordial de este trabajo. En él quiero hacer notar el espíritu de la filosofía como obra de arte que es el hacerse uno mismo desde su existencia. Y en un sentido estético, artístico, que tampoco se puede negar que es filosófico, quiero decir al mundo que la locura, el sin sentido, el silencio, la contemplación, el asombro del niño, la soledad del sabio, la vida común y muchas cosas más nos dan el impulso para crear belleza desde el mundo y así formar parte de éste con una conciencia más sensible que nos recuerde la euforia de vivir. Por este motivo he decidido realizar una disertación en la cual podamos entrar en la esfera de la filosofía por medio del arte, podamos entrar libres de prejuicios en el espíritu de la música mediante la filosofía que es la vida misma, la cual es la voluntad de ser vivientes, la voluntad de vivir.

Mi investigación se realiza a partir del libro de Nietzsche, *El origen de la tragedia*, que ha sido calificado como un libro de la juventud, como “un libro imposible”, también fue escrito bajo la influencia del compositor Richard Wagner a quien dedica el prólogo de la obra. Me asombra la admiración que sentía Nietzsche por el arte de instinto filosófico ya que quiso que la ilustración de la cubierta de la primera edición sea realizada por Leopold Rau quien representó un Prometeo liberado de sus cadenas.

El autor declara que el arte se origina de la conjunción productiva de dos impulsos contradictorios: lo apolíneo y lo dionisiaco, siendo Apolo el dios del orden y Dionisos el dios de la embriaguez. De la síntesis de estas dos divinidades procede la visión trágica del mundo, es a partir de la música del culto y el saber dionisiaco como surge la tragedia griega.

Además, en las primeras páginas de *El origen de la tragedia*, gran libro musical podemos encontrar que lo trágico es un elemento esencial del mundo. Nietzsche escribe en una carta a su amigo E. Rohde: “Ciencia, arte y filosofía crecen ahora tan juntos dentro de mí que en ocasión pariré centauros”¹. Con esta visión mágica y muy artística el autor encuentra un sentido primordial que es el de “iluminar la existencia propia”, porque la existencia del mundo sólo se puede justificar como fenómeno estético.

Concibo la profundidad de esta visión trágica y entiendo que por esta razón Nietzsche como filósofo de la sospecha y vitalista supo que la filosofía es una actitud espiritual, una vivencia transformadora que danza en la realidad, sosteniéndose de su ser íntimo creador.

Este sentido de lo trágico es más bien una categoría existencial que surge en la expresión de un extraño saber sobre la existencia, un sentimiento de saber ¿por qué estamos aquí en el mundo? Y, ¿cómo podemos seguir vivos aun sintiendo dolor o simplemente el acariciante fulgor de lo terrorífico?

Finalmente citare un párrafo muy hermoso del libro *Blood for the Ghosts* donde el autor Hugh Lloyd-Jones escribe acerca del punto de vista de Nietzsche y lo trágico:

Nietzsche vio a los antiguos dioses levantarse para sustituir a las terribles realidades de un universo en el que la humanidad no tenía especiales privilegios. Para él lo que situaba al héroe trágico en el lance de poner en juego su heroísmo era la certeza de su aniquilación, y la tragedia daba a su audiencia consuelo no al purificar sus emociones, sino al enfrentarla cara a cara con las más espantosas verdades de la existencia humana y al mostrarle cómo esas verdades son lo que hace el heroísmo auténtico y la vida digna de vivirse.²

¹ NIETZSCHE, Friedrich, *El origen de la tragedia*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2000, p. 31.

² LLOYD-JONES, Hugh. *Blood for the ghosts: Classical Influences in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, London, Duckworth, 1982, pp. 165-180.

El principal motivo es el mostrar otra posibilidad de hacer filosofía. Estar presentes en esta danza vital que es la vida misma por medio del arte que es una manera de expresión existencial y así filosófica también. Una forma de vida donde el asombro cada vez acrecienta el gran misterio de la existencia, mientras vivimos y somos seres para la muerte. Solo me doy cuenta que puedo ver a la filosofía claramente desde la vida misma con el impulso del arte y que es el impulso artístico de ser creadores. Friedrich Wilhelm Nietzsche nace en Röcken, cerca de Lützen un día donde los dioses danzaron en plena luz que fue el 15 de octubre de 1844, el día en que las flores y la naturaleza misma se exaltó de emoción ya que sabía lo que él venía a hacer en el mundo, fue filósofo, poeta, músico y filólogo, considerado uno de los pensadores más influyentes del siglo XIX. Como maestro de la sospecha y con su sentido crítico de transmutar valores, criticó a la cultura, la religión y a la filosofía occidental, ya que todas mantenían conceptos morales que se referían a la vida. *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*(1872) (Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik) es la principal obra en la que se fundamenta este estudio. Entre otras obras que escribió el autor sobresalen:

- *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres*(1878)
- *El caminante y su sombra*(1880)
- *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*(1881)
- *La ciencia jovial*(1882)
- *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para ninguno*(1883, I y II; 1884, III; 1885, IV)
- *Más allá del bien y del mal. Preludio a una filosofía del futuro*(1886)
- *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*(1887)
- *El Anticristo*(1888)
- *El crepúsculo de los ídolos, cómo se filosofa con el martillo*(1889)
- *EcceHomo*(1889)

La filosofía de Nietzsche propone una nueva visión de la filosofía debido a que defiende el sentido vital, porque la vida tan solo es, y siendo así es valiosa. Considerado vitalista, afirma la vida desde un sentido irracional y entiende a la naturaleza artísticamente. Para Nietzsche solo hay un constante devenir de la vida y el ser, propone una nueva moral basada en la vida; el fin de su filosofía es fortalecer la alegría hacia la vida, jugar en la vida sin

importar los riesgos, ya que asume el eterno retorno con una visión trágica, pero ayuda a percibir el mundo aceptándolo tal y como es. La vida es ella en sentido absoluto, sin más. El 25 de agosto de 1900, Nietzsche murió después de contraer neumonía y fue inhumado como su padre.

CAPITULO I

LA VISION DIONISIÁCA DEL MUNDO

Debemos empezar a responder una pregunta para entender la visión dionisiaca del mundo, ¿qué es lo dionisiaco?

Es lo opuesto a la moral que relega todo arte, negándolo y en este instante también se manifiesta una repugnancia contra la vida misma y un odio al mundo donde los valores morales son la salvación para la vida eterna. Esta moral empobrece la vida porque la condena haciéndonos sentirla como indigna de ser deseada. Esta moral es peligrosa, nos hace ser marionetas de nuestra propia esencia creadora, se trata de una manipulación inconsciente de nuestros instintos, hasta el momento de decir: sí a la vida, como el niño que ha suprimido toda valoración, ahora solo puede jugar. El que cree en la moral es el decadente, porque elimina lo auténticamente humano, le molesta la vitalidad porque no puede disfrutar de su exuberancia. Nietzsche defiende la vida contra la moral que es el reverso de la voluntad de vivir y crea una concepción puramente artística, antimoral y la bautiza con el nombre de un dios, Dionisos, y a esta visión, dionisiaca.

El estallido para crear vida, la esencia inmediata en la conciencia humana, se encuentra en la tragedia griega según Nietzsche, queriendo decir que somos parte de un pensar universal que nos acoge como hombres de voluntad, como hombres que trascienden más allá del bien y el mal, como hombres que buscamos la belleza en medio de nuestras propias creaciones, mientras nos creamos a nosotros mismos. *El origen de la tragedia* trata de la vida como existencia artística, como obra de arte, del encuentro con uno mismo y con la naturaleza, una reconciliación con nuestro ser, con nuestro ser vital, que desea vivir; el que vive y siente sus instintos tronar como rayos en los cielos del mundo.

En efecto este libro no reconoce en el fondo de todo lo que existe, más que la idea (y la intención) de un artista; de un Dios si se quiere, pero seguramente un Dios puramente artista, absolutamente desprovisto de escrúpulos morales, para quien la creación o la destrucción, el bien o el mal, no son más que manifestaciones de su arbitrio indiferente y de su poder omnímodo; que se desembaraça, al crear los mundos, del tormento de su plenitud y de su plétora; que se emancipa del tormento de las contradicciones acumuladas en sí mismo.³

Librándose esta visión cambiante de contrastes y contradicciones solamente en las apariencias. ¡Amando los saltos y los desplantes aprended a reír!, como dijo alguna vez Zaratustra.

En cuanto a la visión dionisiaca del mundo vista desde Nietzsche, los individuos de almas híbridas, soñadores que hablan con la luna y la hacen existir en su memoria, se inspiran para crear música, hacen nacer el espanto y el temblor. Se exaltan en este hecho todas las facultades simbólicas de la esencia que pide voluntad para crear y así quiere “expresar algo que jamás hasta entonces había experimentado: la destrucción del velo de Maya, la unidad como genio de la especie, de la naturaleza misma”.⁴

En esta forma de ser el bien y el mal son divinizados, se desbordan y dejan fluir la vitalidad de la embriaguez vivificadora en tanto se van haciendo imágenes ideales de su propia existencia.

Lejos de los defensores de la vida está el resignarse y dejar naturalmente a un lado todas las esperanzas destructoras, como se entendió en los griegos. Para honrar esta virtud el autor crea un principio general de la música que es el ser dionisiaco y en este principio se puede apreciar el sentido de la embriaguez como el brote para entusiasmar el ser. En la visión dionisiaca se quiere recuperar la unidad primordial en el ser y la apariencia donde esta doble naturaleza determina el encuentro con el dios portador de la libertad.

La transformación del dolor en alegría es dionisiaca, es la dimensión creadora de la vida, es la misma voluntad del mundo. Lo dionisiaco contiene una dimensión metafísica, pero al mismo tiempo, susceptible de ser protagonizado por el hombre. Es como si se estrecharan las relaciones entre la voluntad pre-subjetiva del mundo y el hombre como sujeto creador.

³ NIETZSCHE, Friedrich, *El origen de la tragedia*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2000, p. 42.

⁴ *Ibid.*, p. 62.

Nietzsche define lo dionisiaco como identificación temporal con el principio de la vida.

Lo dionisiaco surge de una gran fuerza de afirmarse como sujeto vital en tanto que lo que impulsa al hombre es la voluntad de mantenerse en la vida.

“El Dionisos de Nietzsche es ante todo el dios de la vida que reclama su afirmación en el dolor y el placer, en un movimiento integrador que reclama la unidad fundamental del mundo”⁵.

Aquí hay que ser adorador del arte para poder entender esta gran hazaña que es el aceptar tal y como es la fluidez del mundo.

En lo dionisiaco se renueva la alianza del hombre con el hombre y la naturaleza también se reconcilia con su hijo, el hombre. Así el enajenado, el sometido a su forma de ver la vida, a su forma de decisión racional establecida, se hace libre, se es libre en esta intencionalidad, libera consigo a todo el mundo que lo rodea y al que desea contemplar con otra mirada, que está más allá del bien y el mal. Una mirada pura como la del niño que sabe danzar la realidad y ensoñar su alma al son de las notas musicales del firmamento, con esta armonía universal se siente el hombre en estado de reconciliación consigo mismo y con el todo.

Como afirma Nietzsche: “Cantando y bailando, el hombre se siente miembro de una comunidad superior: ya se ha olvidado de andar y de hablar, y está a punto de volar por los aires, danzando”⁶.

Con gestos de belleza y agradecimiento con la tierra, los animales y la voz del hombre resuenan y así: “el hombre se siente dios”, es tan noble y pleno de éxtasis como los dioses que ha visto en sus ensueños...

El hombre no es ya un artista, es una obra de arte: el poder estético de la naturaleza entera, por más alta beatitud y la más noble satisfacción de la unidad primordial, se revela aquí bajo el estremecimiento de la embriaguez. La más noble arcilla, el mármol más precioso, el hombre, se ha petrificado y plasmado, y a los golpes del buril del artista de los mundos dionisiacos, responde el grito de los misterios eleusinos: ¿Os arrodilláis, millones de seres? ¿Mundo, presentes al Creador?”⁷.

⁵ CORTEZ JIMÉNEZ, David, *Nietzsche, Dioniso y la Modernidad*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2001, p. 110.

⁶ Op. cit., NIETZSCHE, *El Origen de la tragedia*, p. 57.

⁷ Ibid., p. 58.

El hombre dionisiaco es el que aprende a reír, el que eleva todo su ser para danzar ligero dispuesto a volar porque ama los saltos y los desplantes, ¡aprende a reír!, como dijo alguna vez Zaratustra.

“El arte es la tarea más alta y la actividad esencialmente metafísica de la vida”⁸. Este hombre desea un arte nuevo, un arte de vida apasionada y divinamente entusiasmada.

El carácter dionisiaco de los griegos se fundamenta en la no elección y en la aceptación de saberse hombres de voluntad para poder sentir la manifestación del misterio. En realidad son hombres que buscan el sentido vital en medio de sus propias creaciones, pues perciben la vida como existencia artística, como obra de arte, del encuentro con uno mismo y con la naturaleza donde se exaltan todas las facultades simbólicas de la esencia que desea voluntad para crear.

En esta forma de ser, tanto el bien como el mal son divinizados, se desbordan en el río de la existencia y dejan fluir la vitalidad de esta embriaguez vivificadora. Este contemplador desencantado crea imágenes ideales de su propia existencia, sumerge su voluntad en los dioses y por ello: “...el griego conoció y experimentó las angustias y los horrores de la existencia: para poder vivir, tuvo necesidad de la evocación protectora y deslumbrante del ensueño olímpico”⁹. Contemplan así los griegos dionisiacos la imagen más pura y radiante para convertirse en ejemplos de seres libres.

Según Schopenhauer, el conocedor puro es el que trasciende y se emancipa delo subjetivo, mira el mundo como totalidad, reconoce universalmente la existencia, es objetivo con su conocer y su esencia. Se expande para crear puramente sin subjetividades, sin interés, sin utilidad. Este conocedor artístico combina armonías para consolidarse en esencia fluyente vital y así expresar su manifestación más abstracta que perdura por el resto del tiempo. Con este fin que es el desinterés, el ser libre de apegos, de miedos, pero sujeto de conciencia que trasciende en su exponerse como creador de universalidades y destructor de su yo mismo, domador de su ego, que sabe y aprende a morir, un ser para la muerte.

Además de captar la genialidad de los griegos y la pura hazaña de escribir sobre dioses y vivencias sublimes, *El origen de la tragedia* adquiere conciencia de que el ser humano es sujeto cognoscente y puede conocerse a sí mismo por medio del arte. En este caso, por medio de la vitalidad entusiasmada que lo impulsa a crear vida y columpiarse en las

⁸ Ibid., p.50.

⁹ Ibid., p. 64.

apariencias, ¿rectifica el ser humano el porqué del ser?, ¿el por qué estamos aquí en el mundo?, ¿el porqué el ser quiere crear?

La llegada inconclusa de la existencia nos permite ser trascendentes con nosotros mismos y con el devenir continuo cíclico para metamorfosear contextos, estructuras, formas de ser ya destempladas. Nos enseña a cambiar de mirada para interiorizar la existencia y poderla crear como pura belleza que muere y vive, asimismo como el verdadero fluir acerca del cual Heráclito habló alguna vez: “Hombres insensatos, la vida es muerte y la muerte es vida”.

Por esta razón el conocimiento del ser por medio del arte es algo tan magnífico que nos sorprende y nos hace de alguna manera volver a la inocencia del asombro, pero esta vez ya no enmascarados sino como simples sujetos espectadores y actores de nuestras propias invenciones en el mundo de la vida y me permito decir: ¡Que viva la vida y que viva la existencia!

Así, romántica, serena y melancólica es la vida. Somos conscientes de ese mundo tan natural en el que podemos encontrar nuestro sitio para ser también obras de arte. Por ello Nietzsche sostiene que: “Los griegos son, como decían los sacerdotes egipcios, los eternos niños, y en el arte trágico tampoco son más que niños, que no sabían qué sublime juguete tenían entre las manos y acabaron por romperle”¹⁰.

La visión dionisiaca del mundo trata más bien de una obra de arte total porque en su esencia está la reconciliación de la vida y la muerte. Esto provoca en el ser artístico del hombre una reconciliación con el ser total del mundo en cuanto naturaleza abismal.

También en esta visión, el hombre como uno mismo se ve transformado ante su ser. En el coro ditirámico el artista dionisiaco, inconscientemente embriagado se ve a sí mismo transmutado en otro ser, un ser que ha surgido del encantamiento musical desde las apariencias que estimulan su existencia. Así se encuentra de una vez y acepta todo su ser esencial en ese momento trágico y felizmente placentero. En este sentido, la dualidad por fin cesa de remorder el pensamiento de su eternidad, la dualidad se hace cómplice de su danza y este hombre gesta agradecimiento y contemplación por su sensibilidad que ha explotado como luna creadora.

Existe un goce por la existencia, el cual ha sido experimentado por medio del arte que es también el consuelo al despertar y darnos cuenta que debemos estar dispuestos al horror del dolor por el hecho de haber nacido en el mundo.

¹⁰ Ibid., p. 154.

En esta situación tan humanamente vital, toda esta lucha contradictoria es necesaria porque nos da vida, es toda la manifestación desbordante de la voluntad del mundo y así somos capaces de traspasar el velo del tormento en el mismo instante en que nos unificamos con el placer primordial de vivir, que es eterno, que no se destruye y está en completo éxtasis dionisiaco. Somos el único viviente que a pesar de tener miedo, compasión, terror, alegría, pánico, duelo, somos felices por fin, pues alcanzamos la espiritualización de la existencia como músicos creadores que sobreviven en el impensable e intangible misterio. Por esto Nietzsche dice: “Atreveos a ser hombres trágicos, pues merecéis la libertad”.¹¹

La libertad, para encontrar lo eterno desde el impulso creador vital del sentimiento, desborda la existencia placentera de una voluntad victoriosa. Su esencia se encuentra en el mundo intensificada de fuerza para contemplar y transformar. Por ello, esta libertad está relacionada con el acto creador que está ligado con la voluptuosidad que incrementa la fuerza vital.

Pero debemos fijarnos que lo más doloroso de la existencia, también nos hace sentir vivos. El sentido dionisiaco de la tragedia es el aceptar la gran dualidad de la existencia, el dolor y el placer como voluntad del mundo que pide creación de uno mismo y de todo lo que nos rodea.

Por otra parte, en esta visión el artista dionisiaco conoce los senderos de batalla del espíritu, mientras su impulso se desencadena para entrar en el mundo. Así rebasa no solamente los límites de la sensación sino también de la percepción. En estado puro de naturaleza, el artista musical percibe imágenes y las representa en su presente vital.

Entonces, se une a la imaginación interna y sonora, y deja a su ser esencial en sus profundidades desconocidas. Esta majestuosa sensación es la que Nietzsche llama eternidad. Así se expresa fiel a sí mismo. A fin de cuentas, lo que el artista quiere representar es al héroe, al héroe trágico, porque su voluntad de crear es capaz de todos los sacrificios para poder adentrarse en la dimensión creadora total de su obra. Se abandona a todas las felicidades y desdichas de su vida y este impulso creador es el que fortalece su espíritu para crear vida. Este artista inmortal tiene su vida en movimiento.

Porque el artista subjetivo no es, a nuestros ojos, más que un mal artista, y exigimos, en toda manifestación artística y en todos los grados del arte, ante todo y en primer lugar, la victoria sobre lo subjetivo, la emancipación de la tiranía del *yo*, la abolición de toda

¹¹ Ibid., p. 178.

voluntad y de todo deseo individual; porque sin objetividad, sin contemplación desinteresada, no podemos ni si quiera creer nunca en una actividad creadora verdaderamente artística, aun la más efímera.¹²

El proceso artístico del ser dionisiaco es el éxtasis, que tiene un estado de ánimo musical porque está relacionado con la vida. Del dolor originario surge la música como representación onírica. Así el artista-héroe-trágico-dionisiaco mantiene su relación con la vida por medio de la música. Por ello él se identifica con el dolor y la contradicción y produce una réplica de todo este uno primordial en forma de música. Lo que el poeta-héroe hace es sensibilizar la contradicción y el dolor junto con el placer de la apariencia. Él es un reflejo del ser eterno, el cual representa estados estéticos destinados a conservar la vida.

La forma de ser de lo trágico es el saber que todo es uno y el mismo, que todo lo finito es momentáneo. Los contrarios, el día y la noche, son sólo aspectos de la misma vida. Éste es el sentir trágico. Tras el arte se esconde la vida.

1.1. Dionisos y Apolo, las divinidades de la tragedia (vida y apariencia)

La vida pide a los hombres sin miedo que produzcan actos del espíritu, que adquieran conciencia para superar la angustia. Así podrán sentir la satisfacción de la potencia del instinto y así, ligeros y libres, estar de acuerdo con lo que el corazón dicta.

Los hombres sin miedo soportan los tormentos y felicidades de la eternidad de la vida, la cual queda justificada dionisiacamente. De esta manera nos acercamos a la naturaleza e interiorizamos en nuestro ser los relámpagos de la fuerza infinita del instante.

La fuerza de la naturaleza es trascendida por el arte. En esta alegría estética el placer de la voluntad del mundo convive con la guerra y el pánico. En esta destrucción creadora el ser dionisiaco hace del arte una voluntad del mundo que destruye eternamente.

Mientras tanto el ser dionisiaco se deleita en esta naturaleza que se sublima por medio del arte y es respetada por este sentir.

Los griegos con sus divinidades: Apolo, el equilibrio, y Dionisos, la exuberancia de la embriaguez, manifiestan lo contradictorio y necesario para entender el principio de

¹² Ibid., p. 74.

individuación que acepta el dolor de la existencia. Para que no sea un error el haber nacido y por eso, desear morir pronto, existe el arte.

En la tragedia griega el arte surge de la unión, de la fusión de los opuestos, que son la embriaguez y el equilibrio. El arte crea el elíxir del asombro y del fluir en la esencia infinita.

Es la pura conciencia en estado de presencia. Es como el niño que no está lleno de construcciones mentales y vive el presente como instante fugaz.

El arte es una forma de expresión de los sentimientos más interiores, el medio para encontrarnos con lo divino y apreciar la forma de ser de esta gran obra de arte que es el mundo de la naturaleza. El arte atiende a la ilusión, a la apariencia ya lo espontáneo. Por esta razón, es lo que no se puede elegir, lo que surge y es abstracto. Es lo dado, es lo que encontramos en el devenir de la vida y no hay como dejarlo de ver tal y como es. Y así poder palpar esta ilusión en la naturaleza. La expresión de la vida es el arte, la vida manifestada como creación artística, la vida misma se afirma en la producción artística.

Como afirma Nietzsche que los griegos fueron capaces de transformar lo espantoso y absurdo de la existencia en representaciones con las que se puede vivir. Así el dolor es superado en el arte porque actúa como destinado a hacernos seguir viviendo. Las artes son las que hacen posible y digna de vivirse la vida.

Con el arte y la vida, Nietzsche recurre a dos divinidades griegas, Dionisos y Apolo, lo dionisiaco y lo apolíneo, como expresiones artísticas que conforman la obra de arte que es la máxima afirmación de la vida. En esta dualidad Nietzsche mira que se hace posible restituir la unidad fundamental de la vida y la apariencia. El principio apolíneo y el principio dionisiaco están en un permanente enfrentamiento que al final alcanza una suerte de reconciliación en la obra de arte de la tragedia y del drama musical.

Se trata de una concepción artística del mundo que surge como una manera de enfrentar la crisis de sentido, la crisis de ser que fue experimentada por el racionalismo. Frente a esta crisis, Nietzsche funda nuevamente el arte desde elementos míticos y estéticos en el contexto de su concepción de la vida.

Presenta en su obra trágica lo apolíneo y lo dionisiaco por analogía a los estados fisiológicos y psicológicos del sueño y la embriaguez. En el sueño asistimos al mundo caracterizado por la producción de imágenes y fantasía, en cambio en la embriaguez se

experimenta un estado de éxtasis que acompaña al olvido de la subjetividad. Lo que caracteriza a lo apolíneo es la apariencia y a lo dionisiaco, el olvido total de la subjetividad.

Lo dionisiaco es la desmesura y la pérdida del sentido, la pérdida del límite. En lo dionisiaco, el arte supera el ámbito de la apariencia y el ser humano es restituido al fondo unitario de la vida.

Nietzsche caracterizó lo dionisiaco y lo apolíneo como “estados artísticos de la naturaleza” en cuanto se refieren a la actividad de la vida. El artista es un imitador de la naturaleza ya que ella en sí misma es reproducción de vida creadora. Lo dionisiaco y lo apolíneo son los estados artísticos de la naturaleza porque en tanto se enfrentan, se llegan a necesitar y de ellos se origina la obra de arte, como actividad artística de la vida.

Dionisos es el símbolo de la realidad vital. A través de esta realidad aparente de orden deviene una fuerza primordial que es originaria y creadora, llena de poder natural.

Esta divinidad promueve un arte inconsciente para trascender las apariencias y percibir la profundidad de la existencia. Es una actividad de éxtasis, que en la música encuentra su expansión de sensibilidad. En este rito al dios embriagador se exaltaba el canto que invocaba a lo divino. Así los adoradores de Dionisos se fundían fugazmente con él y comprendían así el abismo de la realidad, “el uno primordial”. Dionisos es también la fuente de la potencia y la creación. Así Nietzsche escucha a su maestro Schopenhauer, que enfatiza el poder de la música como revelación del ser por medio de la intuición. Con esta mirada podemos entrar a la esencia misma.

Apolo y Dionisos son opuestos pero complementarios y dan lugar a distintas expresiones artísticas. En este asombroso juego de la apariencia y la explosión misteriosa de las cosas se eleva por medio del espíritu de la música esa trágica contradicción, que nos hace dignos a la vida y a su sentido de ser experimentados artísticamente. Estas fuerzas artísticas de la naturaleza a su vez se enfrentan constantemente.

Su origen es el acto creador en el cual se ejercitan espontáneamente en su ser interno. Finalmente, se complementan en una unión que convive porque se aprende a morir y aceptar el juego de la vida. Estas fuerzas nos hacen más ligeros para danzar en el mundo.

Con Apolo el individuo griego se encontraba a salvo del caos del universo y la existencia. Intentaba plasmar en los seres la serenidad, él era el día, lo aparente (el fenómeno), el límite.

Mientras tanto Dionisos, al cual lo rindieron culto las bacantes, era la figura mítica que era representada en la dimensión de la tragedia. Él era visto como la vida en sus aspectos más oscuros, irracionales, instintivos. Él era la noche, lo ilimitado.

Nietzsche considera que el juego entre estos dos dioses, entendidos como impulsos artísticos de la naturaleza, nos ayuda a ver el principio cósmico en la tragedia. La vida necesita ser expresada y esto se llama voluntad de vivir.

Nietzsche sustenta su reflexión en el espíritu apolíneo-dionisiaco porque es estéticamente natural y ambos dioses se fusionan en la tragedia ática. Estos expresan la totalidad del hombre que vive soportando la verdad del dolor y se disuelve en la belleza.

Nietzsche propicia lo pasional, lo impulsivo, y rescata así el espíritu dionisiaco. El espíritu dionisiaco asume el dolor de la existencia y por ello se reconcilia con el dolor mismo.

Dionisos, el “nacido dos veces”, antiguo dios del éxtasis, propicia la embriaguez para alcanzar la gracia cósmica del espíritu. Junto con la danza ritual del cuerpo, el humano se transmuta en naturaleza y abandona el yo. Se inicia así la experiencia del canto, la música, el grito, el ruido, el tambor, el disfraz del corazón lleno de fuego, las pupilas dilatadas como un vacío mágico. En total es un cuerpo entusiasmado.

Además de ser una danza que nos hace unir con el mundo tal y como es, se revela la creación de nuevos y cambiantes valores, bajo la sonrisa cariñosa de Euterpe, musa de la música. Se siente que emana del alma el aire sonoro para comenzar la danza y así construir una vida que se adapte a la naturaleza salvaje, exuberante y abismal. Y así danzaren esta vibración y conexión con la tierra que canta y emana leche, miel, néctar y ambrosía para, junto con los dioses, beber los manjares y sentir la vida llena de calor espiritual. La naturaleza nos abraza para comunicarnos con los animales y con la fragancia de los frutos y los árboles, que desencadenan a los hombres y los hacen ser parte de este mundo encantado y real. Aquí solo entran los seres que se dejan llevar y se dejan ser como el agua que fluye sin intenciones, sin mente. Solo se expresa la acción de jugar, sin prisa y sin ningún arquetipo que nos ate a la cólera racional de la destrucción de la magia.

1.2. La dimensión metafísica del arte y el sentido trágico de la existencia.

También el arte dionisiaco quiere convencernos del eterno goce inherente a la existencia; pero no debemos buscar este goce en apariencias. Debemos reconocer que todo lo que nace debe estar dispuesto a una dolorosa decadencia, estamos obligados a sumergir nuestra mirada en lo horrible de la existencia individual, y sin

embargo el terror no debe helarnos: la consolación metafísica nos arranca momentáneamente al engranaje de las migraciones efímeras.¹³

El arte no es un simple complemento, sino que tiene una dimensión metafísica de “transfiguración”, en la medida que el artista se funde en la acción reproductora de la vida.

Para Nietzsche lo único real es el arte porque es derivado de los impulsos artísticos de la naturaleza, en cuanto embriagador encantamiento que se limita de nada para manifestarse.

El arte proporciona fuerza vital al hombre. No importa que el bien y el mal aparezcan, él puede ir más allá de esto. Lo que el arte quiere regalar es que los humanos nos demos cuenta de la plenitud del placer, al crear desde la voluntad de vivir, sin elección, sin escapar, y al transformar el mundo desde nuestro íntimo ser esencial y primordial. El hombre vital dionisiaco, en este juego perenne y altivo de vida juega entregándose plenamente y olvidándose de sí mismo, abierto este hombre artístico a la sublime divinidad dionisiaca. Así se devela el juego del mundo entero y fluyente. Este ser danza libre, sin máscaras de moral ni sentimientos de personalidad, es un ser en estado de potencia pura creativa.

El hombre en la realidad del ensueño examina su vida, pues ahí descubre una interpretación de las escenas que vive y sufre “...y, sin embargo, sin que pueda echar completamente estas impresiones fugitivas que no son más que apariencias”¹⁴, siente la exuberancia de la vida. En el ensueño nos encontramos con nuestra más íntima naturaleza y sentimos un placer profundo. Allí Apolo, la divinidad de la luz, reina sobre la bella apariencia de la imaginación. Así, afirma Nietzsche:

La más alta verdad, la perfección de estos estados opuestos a la realidad imperfectamente inteligible de todos los días, en fin, la conciencia profunda de la reparadora y saludable naturaleza del sueño y del ensueño, son, simbólicamente, la analogía, a la vez, de la aptitud de la adivinación y de las artes, en general, por las cuales la vida se hace posible y digna de ser vivida.¹⁵

El estado dionisiaco se comprende mejor por la analogía de la embriaguez, la cual neutraliza la subjetividad del individuo hasta sumergirlo en el olvido de sí mismo.

Bajo el encanto de la magia dionisiaca no solamente se renueva la alianza del hombre con el hombre: la naturaleza enajenada, enemiga o sometida, celebra también su reconciliación con su hijo prodigo, el hombre. El carro de Dionisos desaparece

¹³ Ibid., p. 152.

¹⁴ Ibid., p. 54.

¹⁵ Ibid., p. 55.

bajo las flores y las coronas, tirado por tigres y panteras. Metamorphoseemos en un cuadro el himno a la alegría de Beethoven y, dando rienda suelta a la imaginación, contemplamos los millones de seres prosternados de rodillas en el polvo. Entonces el esclavo es libre, caen todas las barreras rígidas y hostiles que la miseria, la arbitrariedad o la moda insolente han levantado entre los hombres. Ahora, por el evangelio de la armonía universal, cada uno se siente no solamente reunido, reconciliado, fundido, sino Uno, como si se hubiera desgarrado el velo de Maya y sus pedazos revoloteasen ante la misteriosa *Unidad primordial*.¹⁶

Estos instintos artísticos dan al hombre un regalo especial que es la manifestación de sí mismo sin pensar en llegar a ser. Esto es el impulso vital que es también la danza del espíritu que vuelve a verse a sí mismo cuando deja de actuar por el medio social o la conveniencia que son estrategias de un hombre político y no de un espíritu libre. El espíritu libre recuerda que en otro tiempo tuvo valor eterno en sus fundamentos, en su manera de aceptar la vivencia tal cual es. En ese instante de desarraigo y desapego el individuo está conociéndose y está recordando que su inocencia es su despertar. Ese despertar lo hace entusiasmarse y crear arte de cualquier tipo, que lo impulsa y lo hace sentir vivo en esta vida *brevis* donde todo es ilusión. A pesar de ello podemos jugar y cambiar de formas mentales rígidas y hereditarias que nos crucifican más que hacernos sentir pureza para entrar en el conocimiento. Es un estado de posesión al que lleva este sentimiento de libertad porque ya no se aterra ante la natural crueldad de las cosas.

Aquí el estado de naturaleza es real, no está perdido, es propio de nuestra voluntad de vivir. Y el ánimo que nos enciende y nos hace partícipes de esta verdad primordial es el amor al arte, el amor a crear, el amor a sentirnos libres. Detrás de toda apariencia podemos ver, cuando se eleva el velo, la real belleza de la unión del hombre con la naturaleza y su sentido, que es el no tener sentido y expresarse simplemente sin más en el presente. Y por eso:

...la única realidad, en la cual parece entonar con Iseo el canto metafísico del cisne: En las ondas suaves de un océano de dichas, en armonía sonora de las ondas vaporosas embalsamadas, en el tormento infinito de la respiración universal, sumirse-abismarse-, ¡inconsciente, suprema dicha!¹⁷

¹⁶ Ibid., p.57.

¹⁷ Ibid., p. 189.

El cisne es el océano y las olas evolucionadas en otra dimensión, en la aniquilación de las apariencias. Se celebra así la dicha artística del encuentro con el uno primordial como polvo de diamante en vuelo de arlequín crepuscular y pupilas de invisibilidad.

La naturaleza se satisface mediante el instinto dionisiaco y el instinto apolíneo porque son dos fuerzas impulsivas que brotan exuberantes de la misma creación natural-primordial, se revelan como embriaguez y ensueño. El individuo se adentra en la ilusoria creación y se libera de sí mismo por un “sentimiento de identificación mística”, que lo llena y aparta de su forma habitual de ser sin embriaguez ni ensueño. En este mundo gozoso de delirio de arte y transfiguración nos invade la naturaleza en cuanto se manifiesta como fenómeno artístico como principio dual, es aquí donde los cuerpos danzan al son de los tambores y el fuego, este es el fenómeno del sufrimiento como afirma Nietzsche el cual suscita placer y nos arranca de la alegría acentos dolorosos. Es el suspiro de la naturaleza que gime al verse despedazada en individuos.

Los griegos celebraban en conmemoración a Dionisos la fiesta dionisiaca porque en esta celebración Dionisos se manifestaba en el mundo mítico como el dios liberador y portador de la vida, el dios que nos devuelve el aliento vital de ser creadores. Aquí nace la pura vitalidad entre el vértigo y el presente, entre la embriaguez y la ilusión, aceptamos el dolor primordial y somos libres para crear.

Al final estos dos principios, lo apolíneo y lo dionisiaco se reconcilian y crean la gran obra de arte de la antigua tragedia. Esta reconciliación tiene que ver con el hecho de crear el arte de la música y así sentir el origen de la creación que es la naturaleza, así como la gota de agua que vuelve al mar o de lo contrario se evapora en el sin sentido de la no aceptación.

La cuestión es aceptar el orden del caos universal para sentir la voluntad de vivir. Esta reconciliación consiste en crear para aceptar el dolor de la existencia y seguir vivos. Crece el entusiasmo y se abre la comunicación con la divinidad que explota en nuestro ser, en esta vida.

El instinto dionisiaco y el apolíneo al representarse mutuamente con sus cambios significativos de ser presentes se puede mirar que su esencia principal es la liberación del mundo, el cual se transfigura y por fin goza del delirio del arte que invade la naturaleza.

Ésta es la manifestación del fenómeno artístico en cuanto destruye el principio de individuación.

La música de Apolo era una arquitectónica sonora de arte dórico, pero cuyos sonidos estaban fijados de antemano como los de las cuerdas de la cítara. La esencia misma de la música dionisiaca y de toda música, la violencia conmovedora del sonido, el torrente unánime de la melodía y el mundo incomparable de la armonía, estos elementos fueron cuidadosamente separados como no apolíneos.¹⁸

Entonces, en la desmesura dionisiaca, el hombre experimenta la destrucción de las apariencias, de las ilusiones en las que había creído y creado. Encuentra en este sentimiento la unidad de la naturaleza, no sólo sus gestos y movimientos danzan naturalmente sino también sus actitudes y su forma de ser fugaz y efímera; llena de presente-impermanente, como si fuese su primer y último día de vida. Es una renuncia a su propio mundo de apariencias porque quiere comprenderse más por sus afines, se siente cercano a su propia naturaleza que se ha entusiasmado para dejar caer el rostro de persona y empezar a danzar con el espíritu. Así recalca Nietzsche que: “Aquí nada recuerda el ascetismo, la inmaterialidad o el deber; es una vida exuberante, triunfante, en la cual todo, tanto el bien como el mal, está divinizado”¹⁹.

Nada de moral, pura vitalidad es la que goza en esta inmaterialidad espiritual, en esta vida misma que va serena y aprende a ser como el mar, así como Nietzsche afirma en su *Origen de la tragedia*: “El griego conoció y experimentó las angustias y los horrores de la existencia: para poder vivir, tuvo necesidad de la evocación protectora y deslumbrante del ensueño olímpico”²⁰.

Con este mundo vital de dolor, de destino y misterio, con la ayuda del impulso estético divinizado de los dioses, los griegos pudieron vivir y estar más cerca de la naturaleza. Tuvieron la necesidad de crear estos dioses porque gracias a ellos, podían derribar y transformar el espanto y el pánico en impulso de la bella apariencia.

Nietzsche se pregunta: “¿Cómo hubiera podido de otro modo este pueblo tan delicado, tan impetuoso, de tanta capacidad para el dolor; cómo hubiera podido, digo, soportar la existencia si no hubiera contemplado en sus dioses la imagen más pura y radiante?”²¹.

Se da un doble nacimiento en este sentido contemplativo: se da la vida al arte como voluntad de vivir y estar en la existencia y por otro lado y al mismo tiempo, al mundo

¹⁸ Ibid., p. 61.

¹⁹ Ibid., p. 63.

²⁰ Ibid., p. 64.

²¹ Ibid., p. 66.

olímpico de las divinidades. Éstas divinizan las creaciones y a los seres que los adoran. A estos seres que despiertan en este encanto, la divinidad entusiasmada de la naturaleza misma les ofrece el impulso valeroso de la inspiración y la confianza de ser seres para la muerte y artistas que se inspiran en la vida. Así también es endulzada la existencia para crear y hacer arte. De este sentido nace la tragedia y las ganas de seguir vivos. Tan fuerte fue el valor que dieron los griegos a los dioses que así la vida fue sentida como digna de ser vivida. Dicho sentimiento de espanto es un himno a la vida porque de ella nace el sentir sublime y el deseo de querer estar vivos. Y así escribe Nietzsche que: “Bajo la influencia apolínea la voluntad desea tan violentamente esta existencia, el hombre homérico se identifica tan completamente con ella, que su queja misma se transforma en un himno a la vida”²².

El arte nos ayuda a afirmar lo trágico de la existencia. Esta dimensión de sensibilidad que perfora toda superficie para adentrarse en cualquier profundidad. Sea esta, fea o bella, terrorífica o buena, esta fuerza artística nos da la confianza para ser libres y afirmar el placer vital en todos sus aspectos.

Pero, para llegar a tener esta valentía como la del niño, hay que ser inocente, en el sentido de no proyectar un porvenir fuera del mundo, de vivir sin metas engañosas e ilusorias que aniquilen el presente sino más bien entregarse fielmente al sentido primordial del instante, en cuanto la vida aparece continua, sin depender de nada externo más que del propio sentimiento desbordante de ella.

“El arte dionisiaco ejerce de este modo dos clases de efectos sobre los recursos artísticos apolíneos: la música excita a la percepción simbólica de la generalidad dionisiaca, y la música confiere entonces a la imagen alegórica<<su más alto alcance>>”²³.

Apolo y Dionisos fueron los representantes de los instintos artísticos de la naturaleza.

Dionisos expresa el dolor primordial de la individuación y Apolo, la experiencia transfiguradora que restituye la calma original a partir de la bella apariencia.

Esta danza que conlleva vida nace de su propio éxtasis, es exuberante de movimientos sensuales del alma.

En contraposición a cuantos se afanan por derivar las artes de un principio único, como fuente de vida necesaria de toda obra de arte, contemplo esas dos divinidades de los griegos, Apolo y Dionisos, y reconozco en ellas los representantes

²² Ibid., p. 66.

²³ Ibid., p. 150.

vivos y patentes de *dos* mundos de arte que difieren esencialmente en su naturaleza y en sus fines respectivos. Apolo se eleva ante mí como el genio del principio de individuación, único que puede realmente suscribir la felicidad libertadora de la apariencia transfigurada; mientras que, al grito de la alegría mística de Dionisos, el yugo de la individuación se rompe y se abre el camino hacia las causas generatrices del ser, hacia el fondo más secreto de las cosas.²⁴

Con la iluminación interna o imagen de luz que nos hace entregarnos al éxtasis en el mundo, la música incita a desgarrar el velo y a descubrir el misterio del encantamiento en el cual a la vez existe el placer y la negación de este sentir. Se cambia así la apariencia visible y se transmuta su ser entero con el principio de aceptación de la fuente vital, dual y sagrada que explota y se metamorfosea en estos estados divinos. Es nuestro olvido de sí y por ello, como escribe Nietzsche:

El arte plástico persigue un fin muy diferente; aquí Apolo triunfa del sufrimiento del individuo con ayuda de la glorificación radiante de la eternidad de la apariencia; aquí la belleza se sobrepone al mal inherente a la vida; el dolor es, en cierta medida, suprimido falazmente de los rasgos de la Naturaleza. En el arte dionisiaco y en su simbólica trágica esta misma Naturaleza nos habla con una voz no disfrazada, con su verdadera voz, y nos dice: << ¡Sed como soy yo! ¡Entre la perpetua metamorfosis de las apariencias, la abuela primordial, la eterna creadora, la impulsión de vida eternamente coactiva, desarrollándose eternamente en esta diversidad de la apariencia!>>.²⁵

Debemos estar dispuestos a ver la realidad con todos sus aspectos terroríficos, duales, despiadados, entusiasmados y aceptar esta verdad. Ella es parte de nuestra esencia primordial, la cual nos impulsa a la alegría de vivir eternamente. En este goce de placer creador, unido a las fuerzas de los espíritus de la naturaleza y bajo la inspiración de Apolo y la apariencia libertadora, el uno primordial lleno de contradicción tiene necesidad del encanto de la apariencia. Es el espectáculo del eterno dolor original que es el principio único del mundo. En esta visión son liberados los instintos que nos hacen dar cuenta de que el mundo del sufrimiento es necesario para lanzarnos a la creación en general y a la creación artística en particular. Al aprehender esta manifestación, podemos permanecer en calma y en la libertad por sobre todas las cosas.

Apolo, como divinidad ética, exige de los suyos la medida, y para poderla conservar, el conocimiento de sí mismo. Y así, a la exigencia estética de la belleza

²⁴ Ibid., p. 145.

²⁵ Ibid., p.151-152.

necesaria viene a sumarse la disciplina de estos preceptos: << ¡Conócete a ti mismo!>> y << ¡No vayas demasiado lejos!>>, mientras que el descuido y la exageración son los demonios hostiles de la esfera apolínea, y en este sentido, pertenecen en propiedad a la época pre apolínea, es decir al mundo bárbaro.²⁶

Nietzsche vincula la música con la danza dionisiaca porque encuentra que el artista dionisiaco es aquel que crea por encima de la moral. Él es capaz de trasgredir lo establecido como arte y por ello sabe que es necesario conocer la tristeza para alcanzar en otro momento una felicidad más profunda.

Así es también como el espíritu apolíneo nos arranca:

A la universalidad del estado dionisiaco y nos interesa por los individuos; en ellos vincula nuestra compasión, con ellos satisface nuestro instinto de belleza, avisto de formas grandiosas y sublimes: hace pasar ante nuestros ojos cuadros de vida e invita a nuestro pensamiento a descubrir su profundo sentido, a penetrar hasta en el principio vital que velan estos símbolos. Por el poder inusitado de la imagen, de la idea, de la ética, de la emoción compasiva, el espíritu apolíneo arranca al hombre al orgiástico olvido de sí mismo, y a despecho del carácter universal de las contingencias dionisiacas, le lleva a figurarse que ve en un cuadro aislado del mundo real, por ejemplo, Tristán e Iseo, y que *el papel de la música* es aquí simplemente hacerle <<ver>> mejor y discernir más profundamente este cuadro.²⁷

Mediante este espíritu apolíneo sentimos la vida que nos hace recordar con nostalgia la morada donde habita el devenir. Se descubre el sentido de la imaginación que contempla la ilusión, exalta los afectos y hace de la materia algo espiritualmente sensible. Así se manifiesta la naturaleza esencial de un cuadro o de una melodía que la hemos visto jugar en nuestra vida, por este hecho sagrado.

²⁶ Ibid., p. 70.

²⁷ Ibid., p. 184.

CAPÍTULO II

EL ARTE (LA MÚSICA) COMO VOLUNTAD DE VIVIR

Nietzsche declara su amor a la música y a la vez pide que tengamos cuidado con esta hermosa diosa, ya que como nos hechiza y nos hace ser parte de su encantamiento puede absorbernos en los más desconocidos y misteriosos abismos. La música es consolución en el mundo de la vida y el mundo es la única realidad donde se aprueban todos los aspectos, desde el más denso al más radiante y puro. Decir sí al mundo y a la vida es lo que la voluntad pide para vivir. La música es la que expresa la esencia íntima de toda la vida.

Lo trágico no puede ser derivado legítimamente de la naturaleza esencial del arte, tal como se le concibe de ordinario bajo las categorías de apariencia y belleza; el espíritu de la música nos hace comprender por sí solo que del aniquilamiento se esclarece para nosotros el fenómeno eterno del arte dionisiaco, que muestra la voluntad en toda su omnipotencia, en cierto modo detrás del principio de individuación, la vida eterna más allá de toda apariencia y a despecho de todo aniquilamiento. El goce metafísico sentido por el trágico es una traducción de la inconsciente sabiduría dionisiaca al lenguaje del símbolo. El héroe, la más alta manifestación aparental de la voluntad, es aniquilado para nuestra diversión; porque no es, a pesar de todo, más que una apariencia, la eterna vida de la voluntad no es siquiera rozada por su aniquilamiento. Creemos en la vida eterna, proclama la tragedia; mientras que la música es la Idea inmediata de esta vida.²⁸

La música expresa el interior del fenómeno. Ésta es la voluntad misma y desde la noción delo trágico, el nacimiento del goce se comprende como el aniquilamiento del individuo. El espíritu de la música en este estado dionisiaco nos enseña que más allá de todo este sentimiento se muestra la voluntad creadora. La idea de vida es la música, la cual es la que gesta el impulso vital y nos mece en su ruidosa y a la vez silenciosa, infinita presencia.

²⁸ Ibid., p. 151.

Ahí es donde encontramos el corazón de las cosas y es por ello que las pasiones junto con la majestuosa música gozan de sí mismas.

Solo la voluntad es real, mientras que sus objetos, en cuanto se hallan condicionados por el conocimiento, solo son fenómenos, espuma y vapor, como el vino que escancia Mefistófeles en la bodega de Auerbach: también nosotros después de cada goce podemos decir: Sin embargo, me parecía que bebía vino.²⁹

La música representa la voluntad misma, por ello incide sobre los sentimientos, pasiones y afectos de quien la escucha, de suerte que los intensifica o transforma súbitamente...“Pues para la música solo existen las pasiones, los movimientos de la voluntad y al igual que Dios, solo ve los corazones”³⁰. La música proviene del ser íntimo y habla del ser íntimo, llena de ideas, pensamientos y sentimientos, no es una voluntad que significa sino más bien es la expresión del ser absoluto en su continua creación vital.

Llena de ideas, pensamientos y sentimientos, no es una voluntad que significa sino más bien es la expresión del ser absoluto en su continua creación vital.

El arte es fundamentalmente la expresión de la vida como creación, mediante la cual el hombre se afirma como producción artística perteneciente a la gran obra de arte universal.

Nos justificamos como creadores del mundo y es aquí donde adquiere el mundo legitimación en la medida que es considerado como permanente creación. El mundo se sirve de la apariencia para perpetuarse como devenir y enfrentamiento. Así se afirma la verdad de la vida.

La voluntad se sirve de la ilusión para mantenernos en vida.

Nietzsche sintetiza en cuatro puntos su visión del mundo:

Si es que la contradicción es el verdadero ser, y el placer la apariencia, cuando el devenir pertenece a la apariencia – eso significa comprender la contradicción. Entonces nosotros somos el ser – y tenemos que producir de nosotros la apariencia. El conocimiento trágico como madre del arte.

1. Todo existe mediante el placer; cuyo medio es la ilusión. La apariencia posibilita la existencia empírica. La apariencia como padre del ser empírico: entonces esto no es el verdadero ser.
2. Ser verdadero es solo el dolor y la contradicción.

²⁹ SHOPENHAUER, Arthur, *El mundo como voluntad y representación vol. II*, Madrid, Círculo de Lectores, S.A., 2003, p.484.

³⁰ Ibid., p.434.

3. Nuestro dolor y nuestra contradicción es el dolor-originario y la contradicción originaria, rota mediante la representación (la cual produce placer).
4. La grandiosa capacidad artística del mundo tiene su análogo en el grandioso dolor-originario.³¹

La música expresa cualquier sensación y resuelve los apuros de la existencia. En los momentos de inspiración, sin reflexión, se disfruta el elixir de la vida que se manifiesta en la naturaleza de nuestros corazones llenos de vida. Es por esto que la música es la catarsis de nuestro ánimo.

Fluye la vida concebida como creación y destrucción; es el devenir que se emancipa en nuestro ser como existentes con voluntad y por ello es la manifestación de la eterna belleza, de la justicia y de la verdad. La relación que Nietzsche plantea entre la música y la vida debe entenderse como un enaltecimiento a la actividad de sentir, la cual es rítmica y melodiosa en tanto es afectiva y por tanto, vital.

La doble influencia apolíneo-dionisiaca es el modelo más brillante de la creación artística. Apolo y Dionisos se entrelazan y por su naturaleza, se expanden en el todo de la voluntad del mundo, mediante la necesaria contradicción de placer y dolor.

Mientras Dionisos nos presenta lo horroroso de la existencia en el uno primordial, Apolo nos sana con la agradable apariencia. La desmesura primitiva de Dionisos, de la cual brota el dolor universal, también nos complementa con un placer glorificador que es la gratuidad del devenir. La apariencia contradictoria y eterna nos aporta la protección para seguir vivos. La verdad que surge de este conocimiento es la tragedia de vivir.

¡Sed como soy yo! ¡Entre la perpetua metamorfosis de las apariencias, la abuela primordial, la eterna creadora, la impulsión de vida eternamente coactiva, desarrollándose eternamente en esta diversidad de la apariencia!³²

Así, para que esta música mortal no nos incinere con un grito de la musa, la mesura y la protección de la luz apolínea nos regenera en una transformación misteriosa que abre paso a la belleza. Es por eso que la música es sobre todo un consuelo metafísico. En efecto, el mito trágico nos muestra que lo inarmónico juega también en la plenitud de su placer en el cual siempre está la voluntad, “¡y en éste os es lícito esperar todo y olvidar lo más doloroso!”. La vida está justificada como fenómeno estético porque no hay moralidad entre lo bello y lo

³¹ Óp. cit., CORTEZ JIMENEZ, David, *Nietzsche, Dioniso y la Modernidad*, p.p. 23-24.

³² *Ibid.*, p.p. 151-152.

desagradable; también lo horroroso se incorpora a la vida como un aspecto de esta gran danza sutil.

Si se logra incorporar la disonancia supuestamente no armónica en el arte musical, se daría la demostración más fascinante de tal justificación, ya que la música funcionaría como la presencia con relación al mundo de todo el fenómeno humano y de la reflexión libre.

Quiero decir que no solamente lo que suena “agradable” a los oídos es especial y es artístico, sino también lo que no hemos escuchado pero se logra escuchar sin que tenga las reglas fundamentales de lo que es estéticamente “agradable”. El hecho de que nazca algo del ser humano y se lo pueda mostrar al mundo es la relevancia creadora. Nosotros debemos entrar en esos mundos de lo ilimitado para poder apreciar mejor estas sensaciones vistas o escuchadas desde afuera. La música no solo es una representación de la voluntad del mundo como vitalmente tormentosa sino también una ayuda para comprender este sentido con toda la fuerza artística de su ser natural. La música juega en el presente y por ello no está atada a valoraciones morales como el bien y el mal, no hay una dirección que nos lleve a la verdad, ese no es el fin, el fin es comprender el mundo tal y como es.

Con el placer primordial dionisiaco percibido incluso en el dolor de la existencia que es el núcleo de la música, lo que se desea es la transfiguración, la llegada del arte en cuanto tal en las entrañas del mundo de la vida para superar la idealidad y poder manifestar sin más. Nietzsche nos incita a dejarnos seducir por la vida porque en ella la música será la que estimule nuestro ser. Libres de resentimientos morales, negación del instinto, listos y libres para jugar a aprehender la naturaleza en nuestro ser total-autentico, sin enajenaciones ni mala fe.

La expresión artística es la ley general en el mundo de la música. Se traduce en pasiones que gustan de lo inexplicable y que resuenan como espíritus de la naturaleza, empleadas a elevar el sentir vital. Por ello, esto lleva “al hombre trágico de esta civilización a desear un arte nuevo, el arte de la consolación metafísica, la tragedia”³³, Este hombre está dispuesto a metamorfosearse en las eternas verdades apolíneas y dionisiacas, es capaz de abandonar su entera voz al impulso musical. Sin temor se atreve a jugar consigo mismo, mientras se olvida quién es. Muestra así lo más profundo de su ser y concilia su identidad con la naturaleza, donde espiritualiza la materia y materializa el espíritu como un gran mago.

Lo que nos interesa es el estado musical que crea vida o también el estado de la vida que crea música. El arte es un estado de insólito del descubrimiento del misterio sensible y

³³ Op. cit., NIETZSCHE, *El Origen de la tragedia*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2000, p.163.

original. La vivencia es primitiva, un sentimiento de clarividencia. Por la ayuda del sueño, podemos ver los encadenamientos y las solturas del mundo. Este estado musical no quiere nada de la reflexión, ni de ideas y conceptos. Más bien solo quiere fluir directamente desde el corazón y adquirir un nuevo modo de percepción, “pues el mito quiere ser sentido por la percepción, en cuanto símbolo único de una generalidad y verdad inmutables, en lo más profundo de lo infinito”.³⁴

La música nos interesa por el sentimiento que produce. Nos hace dar cuenta que somos parte de la totalidad de la naturaleza vital, ya que por nuestra propia interioridad podemos acceder a ella libremente. Aparece así la voluntad y muestra la apariencia de las cosas en la contemplación. Esta unidad permite el nacimiento del espíritu de la música como voluntad de vivir, por la conciencia inmediata de nuestro ser íntimo con el exterior. Es la unidad con la naturaleza que nos hace percibir el sonido de nuestra vida.

El espíritu se disuelve dentro de sí mismo y no fuera de él, nosotros somos el mundo y el mundo se nutre con nuestra danza. La música ante todo exige un espíritu libre de intelectualismos y lleno de euforia vital, la música es el principio de liberación mediante el cual las almas que antes se sometieron al deber, aceptan eufóricas y despiertan mágicamente en un oleaje lleno de sabiduría originaria. Aceptan ellas, por ejemplo, la ligereza del danzante, que no está programado, que puede soñar mientras baila y puede descifrar el sentido de su existencia en el hecho de vivir el presente sin otro obstáculo que saberse creador. La ventaja que brinda la música es que nos hace salir de los conceptos tan restringidos, que son y que no cambian. En la música existe un lenguaje de sonidos que igualmente significan, pero no por medio de la razón sino en su totalidad de voluntad y de fuerza irracional simbólica.

¿Cómo es posible que la filosofía sea música? En principio, abandonando la idea de una verdad trascendente, es decir, ya no suponer que el pensamiento filosófico es reproductivo de una realidad en sí, sea esta la del mundo, la del Ser, o la de Dios. Esto hace que los enunciados de un pensar estén desprendidos de la obligación de referirse por fuera de sí mismos. (...) El fundamento de todo pensar es estético ya que remite a una disposición creadora del hombre, en tanto compone, crea, produce acordes conceptuales que se ordenan a través de una escritura.³⁵

De lo que se trata en el gran festejo estético es de la concepción artística de la creación de otras formas no definidas sino relacionadas entre sí. Es el entusiasmo de dar la

³⁴ Ibid., p.156.

³⁵ VARELA, G. *La filosofía y su doble. Nietzsche y la música*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2008, p. 119.

bienvenida a las musas y a la esencia de la naturaleza. Se crea una metamorfosis desde la creatividad fluyente del devenir que potencia un sentido. No mentalizado y proyectado, un sentido que vibra en el estado puro de la embriaguez de la libertad misma. Desde el sonido que existe sin más se hace un pensamiento que canta y así fluye la música. Para entender mejor esta situación es necesario entrar en la atmosfera primordial y aceptar el efímero soplo de la vida para contactarnos con las esencias de la naturaleza artística por medio de la creación.

Nietzsche escribe a su amigo Rhode el 21 de diciembre de 1871: “Todo lo que no se deja aprender a través de las relaciones musicales engendra en mí hastío y náusea”. Si el romanticismo existe, que sea por el fenómeno mismo de vivir como creación artística. Para trascender, para encontrarnos y a la vez olvidarnos de nosotros mismos. Es la energía creativa que convierte y transfigura por medio de la naturaleza lo terrorífico en el goce de estar vivos y crear en el presente eterno de la vibración del espíritu musical.

La música y el genio como hombre trágico.

El nacimiento de la tragedia tiene que ver con la sensibilidad del ser y su manifestación artística en el mundo. Por ello el arte nos hace reafirmarnos como seres activos que no se atan a una cultura decadente, destinada a la destrucción del ser mágico y mítico. El sistema caduco y sangriento enajena a todos los seres y los aparta del mundo de la esencia, de la creación y de la vida.

El genio sería el creador para liberar al hombre de ese estado de alienación donde no puede surgir como vida ni como arte. Está completamente alienado porque ha creído en la moral recitada por toda la antigüedad hereditaria. No soporta transmutar valores porque ya no cree ni en él mismo, ni en la voluptuosidad de la vida.

Con la creación del genio finaliza cualquier cultura porque:

Son los hombres verídicos, esos hombres que se separan del reino animal, los filósofos, los artistas y los santos. A su aparición, la naturaleza, que nunca da saltos, da entonces su único salto. Pero se trata de un salto de alegría, pues siente que por primera vez ha llegado a su fin, es decir, allí donde comprende que debe olvidar que ha tenido fines y que había dado demasiada importancia al juego de la vida y del devenir.³⁶

En el genio obra la acción de la naturaleza viva, es amigo de la vida en abundancia.

³⁶ Óp. cit. CORTEZ JIMENEZ, David, *Nietzsche, Dioniso y la Modernidad*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2001, p.59.

En este gran hombre confluyen las fuerzas impulsivas de la naturaleza y del provenir de la vida con el otro. El genio ejerce la reflexión personal y seduce con su armonía porque transfigura su existencia y devela lo que la naturaleza esconde. Este hombre sabe conducirse porque siente su alma y el espíritu de su infinito ser que lo impulsa a crear. Él vive y juega con el destino divino, este sentimiento instintivo que se da con desmesura y cercanía primaveral, es un ser dionisiaco.

El genio de la música viene a nosotros como desconcertante vital para que captemos lo esencial del mundo. Así, con un alma elevada, el crear sería el fin y no el medio: “quien nace con un talento y para un talento, encuentra en él mismo su existencia más hermosa”.³⁷

El goce es inmortal, el entusiasmo nos vuelve infieles con nuestro destino, nos llena de una voluntad energética, la cual actúa por la fuerza interior y es libre para parir creaciones libres que son expresiones vitales.

No son hechas con una visión de utilidad, son obras hechas desde el ardor apasionante de la existencia. Son desahogos que nos ayudan a mantenernos vivos, estas obras tan íntimamente nuestras existen por sí mismas y para ellas mismas. Por ello el goce, el disfrute, nos alegra y nos hace saber que pertenecemos al mundo. Así unidos a la vehemencia, se exalta el ánimo de onírico ensimismamiento y en el interior del ser creador surge la música de la humanidad, viéndose como espejo universal y acrecentando el ocio necesario para desarrollar la creatividad. Se desata el impulso artístico de la voluntad de vivir para llegar a una manifestación que actúa como instinto natural.

“Atreveos a ser hombres trágicos, pues merecéis la libertad”³⁸.

Para Nietzsche la música es la justificación del mundo y de la vida, el “principio de razón suficiente” donde el soñador dionisiaco se ve transformado en sátiro. En la música el ser humano trasciende el mundo de las apariencias y puede acceder al fundamento del mundo en su significado supremo. Somos parte del uno, del ser primordial. Éste surge como placer, que es el impulso dado sin más en el abismo del presente. Allí la contemplación nos une al sentido liberador originario del mundo de las apariencias, pero esta voluntad es artística ante todo y por lo tanto, creadora de vida.

Mientras se afirma el ser contradictorio y absurdo, en la música se expande esta conciencia como liberación, como catarsis. Quiero decir que nos libera y purifica de lo

³⁷SCHOPENHAUER, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*, vol. II, Madrid, Círculo de Lectores, S.A., 2003, p. 374.

³⁸Op. cit. NIETZSCHE, *El Origen de la tragedia*, p. 178.

impuesto y así se supera ese sentimiento de espanto porque la vida es vivida como creación de sentido eterno. Somos creadores de símbolos abstractos que son expresión de la vida recreadora. La música nos hace acceder al principio dionisiaco de la vida.

El hombre trágico va directo, sin pausas, sin escalofríos, sin temor a su desgracia. El desconocido encanto de ese sumergirse en el misterio está moviéndose en su alma. Es un ser que en ese momento recién se conoce tal y como es, mediante una impresión conmovedora que provoca a su esencia la imaginación máxima para superarse a sí mismo e ir más allá de sí. Aquí existe a la par la creación y la muerte, se superan los dolores humanos de la existencia íntima y a esta fuente solo se llega como músico creador, "¡pues con qué facilidad no se olvida que la alta idealidad y sublimación del mito, negada al poeta, le era accesible en todo momento en cuanto músico creador!".³⁹

En la tragedia el espectador es conducido al olvido de sí porque las fuerzas de la imaginación son liberadas en una reconciliación de sus instintos. Estos se reflejan en la naturaleza en tanto que el hombre imita el orden cósmico que es el saber el lugar de cada uno en el mundo, así siente que lo abraza y lo hace desvanecerse en las notas musicales de las musas.

Por efecto de la música el espectador de la tragedia se ve invadido de este seguro presentimiento de una dicha suprema, en la cual termina ese camino de ruina y decepción de suerte cree oír la voz más secreta de las cosas que desde el fondo del abismo, le habla inteligiblemente.⁴⁰

La expresión dancística del vuelo embriagador de su sentir profundo y presente conduce al autor de la obra de arte a la transformación en naturaleza cambiante, llena de instinto vital. La música es apariencia del ser porque se reinterpreta mediante lo sublime en la crueldad de la verdad del mundo. En esta transfiguración a la vida se la afirma como placer. En el arte la embriaguez juega inocentemente con la verdad que es la vida, en cuanto eleva la existencia sobre cualquier construcción que acabará derrumbándose. La verdad solo puede ser vista desde el arte porque conserva y fluctúa en la vida y surge de la vida.

El poder creador del arte afirma la vida, exalta la naturalidad para desarrollarnos con nuestros instintos. Se excitan todas las potencialidades simbólicas en la genialidad artística

³⁹Ibid., p.153.

⁴⁰Ibid., p.181.

en tanto que este simbolismo deja de tener sentido porque va más allá de los límites establecidos que solo tienen significado como mantenimiento de la vida.

El artista dionisiaco afirma la voluntad universal del mundo, busca en sí mismo todo lo que nos haga afirmar la vida, lo cual solo es posible en el instinto artístico.

En cuanto nos afirmamos existentes, afirmamos también la voluntad del mundo y la voluntad de vivir desde todo su ser posible porque ha traspasado los límites y experimenta la libertad. La música es expresión de la voluntad. La naturaleza ha influenciado al hombre de tal modo que por ella ha surgido el arte, que es una reunificación del hombre con la naturaleza. El núcleo desde el cual brota toda sensación y desprendimiento que es la vida. La vida trasciende la apariencia mediante el mundo de la voluntad que crea desde el arte. Así se eleva el arte a dignidad metafísica y el hombre descubre en él posibilidades de realización.

La creación artística es actividad vital. Liberadas de la razón, las energías creadoras de vida resucitan para danzar por siempre.

En la contemplación surge una alegría indescriptible por la existencia, en tanto que nos hemos olvidado de las ilusiones para encontrarnos en los instintos estéticos de la naturaleza. Nos objetivamos en la apariencia que nos hace soportar el peso de las contradicciones. Por esta razón, como afirma Nietzsche, en la contemplación se trata de sentir el eterno sufrimiento con amor, abrazando inmutablemente el universo desde la sabiduría instintiva como el fin supremo.

Gracias a la música, la apariencia del individuo se enriquece hasta convertirse en imagen del mundo. Así, como fuerza creadora, el individuo amplifica intuitivamente la universalidad fija de la mirada en el infinito. En este espejo universal de la voluntad del mundo se amplifica nuestro sentimiento vital y nos convertimos en reflejo de la verdad eterna.

Esta sabiduría dionisiaca tiene una fuerte pasión al oponerse a la individualidad en la composición de las fuerzas de los espíritus de la naturaleza. Porque encuentra en esta inmensidad el placer de existir. La vida brota desde el abismo y, con el reflejo de la belleza, alcanza la voluntad del mundo sobre la sabiduría del sufrimiento. Supera el hombre por sí mismo su dolor, no por su fe y su tolerancia, sino por su auto exigencia, por su transmutación de valores, por el dar sentido desde su contingencia. Esto es lo que hace al humano ser grande entre las especies.

El arte y el juego también son razones por las cuales esta visión vital se acentúa. En ellos se crean a cada momento nuevos seres, sensaciones, paisajes, conocimientos enérgicos.

Estas creaciones, pulsadas vitalmente transfiguran lo absurdo en imágenes reveladoras del poder cósmico. Allí se manifiestan la destrucción y construcción simultáneas, que están más allá de cualquier valoración o premisa anteriormente pensada.

En este instante creador es donde nace y muere todo. Se produce así la bella apariencia del fenómeno como impulso artístico. El espíritu de la música espera de los hombres la danza, el asombro, la creación vital. El entusiasmo vital es el sentido de la existencia musical. La sensibilidad sutil es necesaria para crear arte y dejarnos invadir por un mundo exuberante.

En un escrito contra Wagner donde habla de su sentimiento profundo hacia él y la música. Nietzsche dice que no hace ninguna distinción entre lágrimas y música, no sabe pensar la felicidad sin un escalofrío de terror.

Además, la música es como entrar al mar, es entrar en el elemento del agua y compartir la presencia con la naturaleza. Vamos perdiendo la firmeza y comenzamos a flotar, a nadar, a ser llevados por el todo fluyente de la emoción acuática. Nos dejamos abandonar a las olas eléctricas del inconsciente-consciente y finalmente, nadamos o danzamos en esa presencia absoluta y vital. Así volvemos al mundo humano más profundos e inspirados en el mundo de la expresión sublime, la de lo horrendo y espantoso, cuyo enemigo es la lógica, el sentido común, la razón ilustrada, que no permiten sentir, que no se dejan seducir. Estos hombres danzantes-musicales se alimentan de lo exótico y extraño de cada uno de sus sentidos.

La libertad musical es ir más allá del acto de crear, estar en el presente y aceptar lo terrorífico y lo bello tal y como es. Así, sin miedos ni morales impuestas en nuestra personalidad, ser libres y entrar al mundo creador vaciados de construcciones mentales. Ser puro instante fugaz que vibra con la naturaleza creativa del despertar al juego y danzar en el baile de la vida. Éste es el camino hacia uno mismo.

El amor al destino es la íntima naturaleza, que nos enseña todo lo necesario para mirar desde las alturas, soportarlo y amarlo. El gran dolor es el liberador dionisiaco musical del espíritu que habita en la gran sospecha. Él nos obliga a descender a nuestras profundidades para desprendernos de confianzas, supersticiones y sentimientos benevolentes. Este dolor nos hace más profundos en nuestra humanidad y nada más.

Volvemos de este abismo profundo con mirada renaciente, más susceptibles, más maliciosos, con un gusto refinado por la alegría y la felicidad, más delicados con las cosas de la vida, con los sentidos más llenos de naturaleza, más infantiles, más inocentes, con un

deseo por la vida lleno de misterio y el conocimiento de que para amar, primero hay que amarse a sí mismo.

"La música verdaderamente dionisiaca se nos aparece como un espejo universal, cuya imagen se refracta en este espejo, crece al punto en nuestro sentimiento hasta la expresión perfecta de una verdad eterna".⁴¹

Por ello se concibe la vida fuera del tiempo y por esta razón se lo llama "al arte, para lograr la calma en los momentos de inquietud y de pasión"⁴², por ello el valor de los hombres está sujeto a esta verdad que es la de manifestar en todos los acontecimientos de su vida la firma de la eternidad pues así surge su convicción en la relatividad del tiempo y el sentido metafísico donde se escucha "la jubilosa llamada del pájaro dionisiaco, que revolotea por encima de su cabeza y quiere mostrarle el camino"⁴³.

La música dionisiaca del hombre dionisiaco mira el fondo esencial de las cosas y nada puede hacer para cambiar la esencia inmutable de éstas, con la ilusión se puede soportar el horror del fondo de la verdad, el ser dionisiaco obra con la voluntad de actuar, que es el consuelo de vivir a pesar de todo, afirma la multiplicidad del espíritu que "goza de sus transmutaciones y de las alegrías de sus metamorfosis"⁴⁴

La vida es júbilo en su dominio indestructible y el arte nos libra de los impulsos destructores del carácter cambiante de la vida.

En medio de esta vida exuberante de goce y sufrimiento, el ser musical dionisiaco encuentra las causas generadoras del ser, las cuales son la "ilusión, voluntad, dolor" que lo hacen aprender la verdadera significación de este asombroso despertar en los principios vitales y los cuales infinitamente son los misterios trágicos que lo liberan de la indiferencia y la hostilidad hacia sí mismo, mas así desbordado de alegría encuentran una filosofía que enseña a vencer con la representación del arte imaginativo y perceptivo lleno de naturaleza salvajemente instintiva, en esta grandiosa expresión este ser, es inducido a la contemplación para exaltar y estimular la vida que llega a aprehender en su espíritu como una fuerza purificadora que trasciende el bien y el mal.

Por el efecto de la música el espectador de la tragedia se ve invadido de este seguro presentimiento de una dicha suprema, en la cual termina ese camino de ruina

⁴¹ Ibid., p. 156.

⁴² Ibid., p.197.

⁴³ Ibid., p.199.

⁴⁴ ABRAHAM, Tomás, *El último oficio de Nietzsche*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005, p. 77.

y decepción, de suerte que cree oír la voz más secreta de las cosas que desde el fondo del abismo, le habla inteligiblemente.⁴⁵

Estimulado así el sentimiento musical que acoge a la música como la lengua materna, Nietzsche se dirige solo a los hombres cuyo contacto con la música es inmediato y escribe lo siguiente:

Para quienes la música es, en cierto modo, la cuna de origen, y cuyo comercio con las cosas está casi exclusivamente constituido de relaciones musicales inconscientes. A estos músicos auténticos es a los que yo pregunto si les es posible imaginar un ser humano cuya receptividad fuese capaz de soportar el tercer acto de Tristán e Iseo sin el socorro de la palabra y de la imagen, como una prodigiosa composición puramente sinfónica, a menos de ahogarse bajo la tensión convulsiva de todas las fibras del alma. Un hombre que hubiera aplicado a su oído, como aquí se aplica en cierto modo al ventrículo cardiaco de la voluntad del mundo, y hubiese sentido el frenético deseo de vivir, desbordarse y derramarse en todas las arterias del mundo con el estrepito de un torrente o el murmullo de un riachuelo de los más delicados meandros, el alma de este hombre ¿podría no romperse súbitamente? Bajo la envoltura frágil como vidrio y miserable del individuo humano, ¿le sería posible percibir el eco de innumerables gritos de la alegría y de dolor elevándose de *la inmensidad de la noche de los mundos*, sin obedecer irresistiblemente a esta *llamada del pastor* de la metafísica y refugiarse en su hogar de origen? Pero si tal obra puede ser percibida como una totalidad, sin negación de la existencia individual; si tal creación ha podido ser consumada sin aplastar a su creador, ¿Dónde iremos a buscar la solución de tal contradicción?⁴⁶

A la música se la reconoce con la misma humana disposición que es natural. Como la música procede de un origen divino, es indefinible, no puede ser sometida por ningún caso a la racionalización. el conocimiento musical deviene de la intuición y nos coloca directamente con los dioses, por lo cual a la música no se la puede explicar con palabras, Nietzsche el “filósofo-artista” que era fascinado por la música mira en la tragedia una expresión de pulsiones dionisiacas el cual el fin es re encantar el mundo y por esto Nietzsche creía que lo trágico era complementario a la música, en esta sensibilidad musical, la inmediatez es la característica de la música ya que deja ver algo originario semejante al misterio y que acontece como algo inesperado pero que siempre renace y que no tiene significado y que como genero expresivo es abstracto pero si es una representación que representa a su sí mismo y que sería la experiencia en sí, es tan inmediata su representación respecto de la sensación que enlaza los sentimientos, y así como decía Schopenhauer que la

⁴⁵ Óp. cit., NIETZSCHE, *El Origen de la tragedia*, p.181.

⁴⁶ Ibid., p. 182-183.

música servía para que la voluntad tuviese una representación auténtica de sí misma, lo hermoso de esta inmediatez musical es que se instaure el sentido más auténtico de la subjetividad y con esto solamente se la puede sentir.

El estar hambriento de vida lleva a seguir el camino del arte, a oír la música del mundo a través de la filosofía.

En esta pura irracionalidad el principio de individuación no deja ver que el dolor del otro y el dolor propio son la misma cosa en este aspecto Schopenhauer habla del arte que permite dejar de lado a la individualidad para contemplar como el sujeto puro de conocimiento la voluntad objetivada en esto el mundo aparece como representación completa a los ojos del artista, el arte llega a su fin en cualquier instante y por ello se pone a las ciencias. El artista logra separar el conocimiento de la voluntad logrando que la voluntad gire sobre sí misma y observarse, este tomar conciencia por medio del arte que supera el velo de maya incita el goce estético que es momentáneo otorgando un consuelo para seguir viviendo. A partir de esta intuición esencial se ve el mundo de la fatalidad pero la reacción ante el pánico de la existencia es artística, esta es la solución para redimir el gran dolor enfrentándose el hombre trágico a la vida por medio del arte, de la música.

“Y mientras la música nos obliga a ver mejor y más profundamente y a extender ante nosotros el velo de la acción como un fino tejido de gasa, nuestros ojos espiritualizados ven el mundo de la escena infinitamente aumentado y como iluminado por una llama interior.”⁴⁷

Se reconoce que el fondo del mundo es irracional, es necesaria la fatalidad de la vida, pero con una mirada estoica. Exhorta al hombre trágico a que soporte el peso de dicha verdad. Sin el arte la vida carece de sentido. El arte afirma la vida tal y como es, con lo bueno y lo malo, porque a la vez los diviniza. Para Nietzsche el dolor permite la creación.

Mientras se afirma el dolor se da la transformación, en gozo. Por ello el hombre trágico debe sumergirse con fuerza en la voluptuosidad de lo instintivo.

La música no es más que un admirable procedimiento, un incomparable medio de dar vida al mundo plástico del mito. Este noble subterfugio permite entonces a la música plegar su paso a los ritmos de las danzas ditirámicas abandonarse impunemente a un sentimiento orgiástico de libertad, al que, en cuanto música en sí, le estaría prohibido entregarse con tal licencia sin la salvaguardia de esta ilusión. El mito nos protege contra la música, y él solo, por otra parte, da a esta la suprema libertad. La música en cambio, confiere al mito trágico un alcance metafísico tan penetrante y decisivo que, sin este auxiliar único, la palabra y la imagen no hubieran alcanzado nunca. Y especialmente por el efecto de la música el

⁴⁷ Ibid., p. 185.

espectador de la tragedia se ve invadido de este seguro presentimiento de una dicha suprema, en la cual termina ese camino de ruina y decepción, de suerte que cree oír la voz más secreta de las cosas que desde el fondo del abismo, le habla inteligiblemente.⁴⁸

El estímulo para el sentimiento musical es ver a la música como la lengua materna que desea vivir con toda la voluntad del mundo. El alma de este hombre que descubre este glorioso sentimiento percibe el eco de la alegría y del dolor. Él se eleva en “*la inmensidad de la noche de los mundos*” y vuelve al origen del ser como totalidad, para así entrar en el mundo de los símbolos y los fenómenos más generales, que únicamente pueden ser expresados por la música.

⁴⁸ Ibid., p. 181.

CAPITULO III

EL MUNDO Y LA EXISTENCIA JUSTIFICADOS COMO FENÓMENO ESTÉTICO.

La naturaleza gesta su unión con el uno primordial. El hombre ditirámbico quiere expresarse y llegar a un estado que es el anhelado y primitivo de la creación natural, donde el conocimiento no ha sido modificado para civilizarlo y deteriorar sus instintos artísticos.

Por ello él vuelve su mirada desesperada de hombre dionisiaco que aprende a ver el horror de la existencia artísticamente. Ahí encuentra la sensibilidad de su entusiasmo reflejado en la apariencia inmortal de su transfiguración, de expresiones más elevadas y fuertes como las de los dioses que escuchan los latidos de la naturaleza totalmente creativa.

El sátiro es el hombre de los bosques que encuentra en ese bienestar el hecho de su existencia. En este ser los griegos ven la gracia beatificadora del genio y de las pasiones vitales, que dan sentido y libertad al mundo de la tragedia. Este ser mágico es sublime y ante su vista los humanos comprenden la naturaleza sin interferencias de la ilusión de la civilización, se revelan y aprehenden como verdaderos. El sátiro se llena de luz al contemplar a su dios, por lo cual la entrada al uno primordial es de ayuda metafísica. Es la reveladora de lo eterno de la existencia vital en la cual no importa que las ilusiones siempre se destruyan. Por ello el coro de los sátiros expresa simbólicamente “...la relación primordial de la cosa en sí y el fenómeno.”⁴⁹

La metamorfosis del ser dionisiaco es la fuerza de la naturaleza que existe en el ser sátiro. En este estado de alma el ser siente la alegría indefinida de la fuerza creadora que lo hace renacer como espíritu de la naturaleza. Por ello el “...coro trágico es la imitación artística de este fenómeno natural”⁵⁰

⁴⁹ Ibid., p. 94.

⁵⁰ Ibid., p. 94.

El público y el coro son un solo ser, la danza es sublime y los cantos unen los lazos de las conciencias en estados de éxtasis primordial. Todos abandonan su sí mismo para poder realmente contemplar e inspirarse en la vida presente. El hombre civilizado y dotado de razón, que todavía sabe cuál es su nombre, que tiene recuerdos, no puede entender este mágico flotar. Es necesario el ensueño y la percepción desde las alturas como las hermosas bacantes delirantes que en sus ojos titilantes ven al dios Dionisos renacer en sus pechos ardientes y musicales. Este encuentro místico es la aparición primordial artística, ya que se dan cuenta que forman un solo ser. Es "...el verse a sí mismo metamorfoseado ante sí y obrar entonces como si realmente viviese en otro cuerpo con otro carácter".⁵¹ De esta excitación dionisiaca surge la facultad artística entre el hombre y el dios, entre las almas y su encanto de desbordamiento hacia lados efímeros donde ya no hay más que ser. Es quitarse la máscara y realmente explotar en la visión eterna de la vida sin más, pura expresión, puramente artística. Es dejar brotar el elixir mágico de la voluntad de vivir. Es crear como el ditirambo, donde los actores están instintivamente desvanecidos, se contemplan a sí mismos, se metamorfosean entre los demás y así entran en el estado creativo sin fin.

Esta es una visión que es percibida en el sueño artístico de la naturaleza, donde se destruye el individuo y él se identifica con el ser primordial.

La tragedia musical es la representación de los impulsos dionisiacos y apolíneos, el instinto artístico cree en el milagro del genio y es en donde la contradicción del pensamiento hace soportable la vida.

Si nuestra sensibilidad permaneciese bajo la pura influencia dionisiaca. Entonces es cuando se manifiesta la fuerza apolínea, resucitando, con ayuda del bálsamo saludable de una bienhechora ilusión, al individuo, casi anonadado; repentinamente creemos seguir viendo a Tristán, que yace sin movimiento y exclama con voz apagada: <<La antigua melodía ¿Qué me quiere?>>. Y lo que antes nos aprecia un sordo gemido nacido de las profundidades del Ser, ahora significa para nosotros << ¡el mar solitario y vacío!>>. Y creemos desfallecer sin aliento sintiendo interrumpidas convulsivamente todas nuestras facultades emotivas y pendiente de un hilo nuestra existencia, sin ver entonces más que al héroe herido de muerte y, sin embargo, vivo aún, y no oímos más que su grito desesperado:<< ¡Deseo, deseo! ¡Deseo cuando muero; no morir de deseo!>>. Y cuando después de tal profusión y de tan devoradoras torturas sentimos la alegría frenética de la cornamusa, casi como la más atroz de todas estas torturas, haciendo que nuestro corazón estalle, entonces, entre nosotros y esta *alegría en sí*, se yergue Kurwenaldo ebrio de dicha, mirando al buque que trae a Iseo. Por fuertemente que se apodera de nosotros la compasión, sin embargo, en cierto sentido, esta piedad nos libera del sufrimiento original, del mismo

⁵¹ Ibid., p. 96.

modo que el cuadro simbólico del mito nos salva de la percepción inmediata de la idea suprema del mundo, como el pensamiento y la palabra nos preservan del desbordamiento desordenado de la inconsciente voluntad. Gracias a esta admirable ilusión apolínea creemos ver el mundo de los sonidos avanzar hacia nosotros bajo la forma de un mundo plástico, y creemos que en este mundo, como en la materia más delicada y más expresiva, ha sido modelado y esculpido el destino de Tristán e Iseo.⁵²

La vida está dispuesta a abrirnos sus venas profundas para danzar en ella y sentirnos parte de esta creación infinita y efímera porque no se puede perdurar en el éxtasis. Se sufre cuando se llega a la inspiración porque nos toca volver al amargo desafío de lo cotidiano, pero también nos hace darnos cuenta que se aprende a danzar en lo sencillo de la vida y no dejarnos poseer por el sentimiento de las musas con su locura musical. Se sufre porque se cae fuera de la conciencia pero en esto se hace visible la dimensión de lo ilimitado, de lo sublime y efímero de la existencia. Ésta deviene ser interior para ser exterior el fenómeno estético y así volviendo al origen híbrido. El cuerpo se libera de su sí mismo para dejarse ser poseído por el espíritu de la divinidad que danza, ahora ve lo que tiene que ver, siendo este gran espíritu su aliado, cambiando su disposición de ánimo las fuerzas impulsivas de la naturaleza vital lo hacen vivir sin dolor. Es ahora una fiera de la montaña, salvaje y libre en eterna emancipación. Con los ojos serafines immortaliza su vida, él está desnudo en la esencia y no discute.

Soñar o morir es lo que dicta el fenómeno estético. El ocio bienvenido para cantar a la vida. La verdad del espanto se anula a sí misma y nos dice que derribemos al dios del pánico que se ha coagulado en nuestra alma. La vida dice que demos paso a la imaginación, puesta en acción en esta gran diversidad del espíritu. Dice que solo el existe se descubre la invención en la cual se degusta sutilmente un devenir de algo y nada que se eliminan entre sí. Esta sensación es aterradora porque se descubre que la luz y la oscuridad se asocian, se agitan entre sí, para sorberse las esencias que son la vida misma. En este juego consigo mismo se edifica y se destruye sin moral, sin construcciones mentales, se asume el destino y la esencia entera de la imaginación nos sacude en la multiplicidad de la lucha cambiante y constante. La bella y tétrica contingencia nos liga a la eternidad, que estimula la creatividad en nuestro ser musical.

Para jugar enteros en el presente es necesario ser hombres de mirada de fuego animal, hombres de acción, de risa, que no tienen temor a la muerte y saben permanecer

⁵² Ibid., p. 183-184.

profundamente en la contingencia. Así desplegamos las alas de súper hombres para aventurarnos en la vida. Ella nos pide volver al instinto de la lucidez para diluir nuestra representación de personas ya escritas, ya hechas, ya puestas, ya enajenadas. La vida nos pide conciliarnos con la naturaleza para entrar en el mundo de los grandes goces y poder desde allí crear arte.

Y así como en el renacimiento de Dionisos en cuanto deja de ser individuo de un origen primordial de dolor se enciende la esperanza vidente que entra en el misterio más sublime y el cual le da vida a todo el mundo desgarrado por medio de la gran energía emancipadora que entra en una unidad restablecida y a la cual podemos llamarla arte.

Por ejemplo: “Bajo la influencia predominante del poema trágico, los mitos homéricos renacen al presente transformados, y revelan por esta metamorfosis que desde entonces también la cultura olímpica ha sido vencida por una idea del mundo aún más profunda.”⁵³

Esta fuerza fue capaz de expresarse de otra forma más brillante ya que encontró su vitalidad en la interpretación del mito trágico pero profundamente encantados en la música, el genio musical dionisiaco aparece como el transfigurador de conocimientos valorativos impuestos y el que despierta la esencia primigenia de la naturaleza misma despertando el mundo metafísico en un oleaje que revela el sentimiento del trágico herido que lanza un último grito y el cual es inmortal y eterno donde siente su ser intensamente lleno de una augusta serenidad de aceptar la muerte.

Se trata de la potencia espiritual de hombre que produce una actividad artística vital en cuanto sujeto de conocimiento de su sí mismo para encontrarse y reconocerse en todo el arte que ha estado antes que nosotros mismos que es el infinito misterio.

Desde la música hacia el misterioso crepúsculo de la embriaguez dionisiaca así solamente se alcanza el efecto trágico artístico de la vida, la música es el espejo dionisiaco del mundo, la armonía mística que purifica las almas de los hombres. Ella hace que despierte el gran espíritu dionisiaco, que necesita el mundo vital para seguir en estado de creador y de acto poético.

En cuanto a lo apolíneo como transfigurador de las cosas espantosas en el instante que gozamos al contemplar la apariencia, surge una felicidad alumbradora de gracia mientras como observador de mirada templada contempla las imágenes pasar ante él, no es total sigue en el sueño y aquí nada conmueve simplemente se goza de la apariencia por ello en este espíritu apolíneo es necesario el instinto dionisiaco para no helar los corazones con

⁵³ Ibid., p. 110.

paradojas e ideas frías donde no pueden fluir los sentimientos apasionados y que renazca el entusiasmo dándonos cuenta que poseer conocimiento se es virtuoso, el racionalismo cegador destruye el arte de fluir. El fin de lo que no se desborda es lo patético no se toma la acción sino que nos limitamos a ser observadores por ello no se puede compadecer el dolor del otro porque se conoce en lo puro del conocimiento.

La razón de que todo lo bueno es bello devora el instinto y acrecienta el racionalismo que mantiene límites y no comprende la tragedia, este sentido de la razón es el asesino de lo que fluye.

El arte necesita de una profunda veneración ya que es la fuente de los más vivos goces de la existencia en el mundo, estos goces pueden ser trágicos pero en su esencia se desborda hacia nosotros como lo eterno y el resplandor mismo en el cual debemos vivir para fortalecer nuestra conciencia de libertad, fuera de determinismos y de especulaciones intelectuales la verdad comienza en el ser de nuestro ser en el mundo del arte y emancipador de las cosas elevadas por las cuales somos existentes y queremos con toda nuestra alma despertar en ellas para poder hacer de nuestra existencia una danza interminable de luz.

El único absurdo que puede existir en este mundo estético artístico es el de que se revele el instinto como crítico, esto es un defecto y además de ser esto es una monstruosidad existir en la razón.

La verdadera iniciación en el mundo de la tragedia es la fuente de vida misma que es “...como una fuerza de la Naturaleza: se precipita con una violencia que solamente la encontramos, para nuestra estupefacción y nuestro espanto, en los más irresistibles impulsos del instinto”.⁵⁴

En el instinto artístico que nos hace entrar con una mirada más amplia al mundo de la vida se siente perpetua la pasión del alma soñadora la cual esta enérgicamente entusiasmada para crear arte en los abismos sublimes del arte sublime dionisíaco, impulsados por una necesidad artística el hombre se ve consolado en el arte como obra de arte ya que es su ser en la esencia misma el que danza al compás y sentido del palpitar de la naturaleza misma.

El coro es la emoción y causa primera dionisíaca de la tragedia musical porque es en el coro donde se manifiestan los estados embriagantes que son simbolizados a través de estos seres sátiros del mundo del ensueño.

⁵⁴ Ibid., p. 130-131.

El daimon, el genio que habita en cada uno de nosotros nos hace recordar que las musas quieren inspirarnos, quieren quitarnos la armadura y esparcirnos polvos mágicos para entrar en los éxtasis más recónditos del instinto primordial y crear vida musical desde nuestra euforia de la voluntad, de la voluntad que despierta de su enajenamiento y palpita como unísono con los dioses, esa voluntad que acrecienta el maravillarse por estar vivos y saber que todo es efímero al fin que no queda más que crear en este instante, en este presente sagrado y metafísico.

Sin la creación del genio no sería posible la producción de ilusiones para mantener la vida, este sentido es la pura actividad estética donde el fin es la vida en abundancia y en donde obra la acción de la naturaleza viva y por esto también, Nietzsche considera que “la realización del hombre supone la afirmación del carácter total y contradictorio de la vida”.⁵⁵ Gracias a la apariencia el individuo se percibe a sí mismo con sus deseos, sus tristezas, sus alegrías, que son para él símbolos que lo ayudan a crear música, la cual es una interpretación de la imagen de la voluntad en su libertad. La música no tiene necesidad de imágenes, ni tampoco de ideas, en la música se traduce el mundo y simplemente es sin más, por esta razón para que esta música desbordante no nos incinere, la medida y la protección de la luz apolínea nos regenera en una transfiguración trascendental misteriosa que abre paso a la belleza.

Se pide un arte libre que valore la existencia contradictoria tal y como es, un arte el cual alcance el instinto primordial de la vida, un arte netamente expresivo que se manifieste como creación de voluntad en la naturaleza para vernos como seres contemplativos, creativos llenos de espíritu mágico para recordar el latir de los entusiasmos cuando las musas nos regocijan con sus caricias piadosas en la tierra que desea ser inspiración sagrada para que la música mítica vuelva la mirada a ese mundo de lo divino y podamos sentir al universo como dios y a la música como el corazón de este ser poderoso en nosotros mismos para el mundo y desde el mundo hacia el infinito.

Y por ello como dice Nietzsche “El arte le salva, y por el arte, la vida le reconquista”⁵⁶

Por ello la tarea de la voluntad es el mantenerse en la vida por medio de las ilusiones artísticas que son las que nos reivindicamos como seres libres y llenos de cambio en el espanto y devenir en este mundo efímero en el cual nos hace sentir presente lo eterno de la vida al mismo tiempo.

⁵⁵ Op. cit., CORTEZ JIMÉNEZ, *Nietzsche, Dioniso y la Modernidad*, p. 61.

⁵⁶ Op. cit., NIETZSCHE, *El Origen de la tragedia*, p. 91.

Tenemos, ciertamente, derecho a pensar que para el verdadero creador, somos imágenes y proyecciones artísticas, y que nuestra más alta preza nuestra significación de obras de arte-únicamente como fenómeno estético puede justificarse eternamente la existencia y el mundo-, y en realidad tenemos casi tan escasa conciencia de esta función que nos está confiada, como los guerreros pintados en un cuadro de la batalla que allí se representa. Y así, todo nuestro conocimiento del arte es ilusorio; porque, en cuanto poseedores de este conocimiento, no nos unificamos ni identificamos con ese principio esencial que, único creador y espectador de esta comedia del arte, se proporciona con ella un eterno recreo.

Solo el genio, en el acto de producción artística y en cuanto se identifica con este artista primordial del mundo, sabe algo de la eterna esencia del arte, pues entonces, como por milagro, se ha hecho semejante a la turbadora figura de la leyenda, que tenía la facultad de volver sus ojos hacia sí misma para contemplarse; ahora es a la vez sujeto y objeto, poeta, actor y espectador.”⁵⁷

El mito solo puede justificarse en la metafísica del arte como una forma de mantenimiento de la vida universal:

Por esta razón, como afirma Nietzsche, el mundo y la existencia son justificados como fenómeno estético en cuanto se observa en el mito trágico que lo disarmonico y lo grotesco son parte del juego artístico ya que se manifiesta en la eterno placer donde la voluntad juega consigo mismo.

El sentido del mundo como una comedia artística es el mantenerse en la inmanencia de un permanente crear y recrear del artista primordial del mundo donde no haya nada establecido en este fluir los seres se justifican en cuanto son participes de aquella gran obra de arte, como creadores de vida creadores del mundo de la vida porque están en permanente creación, este arte que está jugando con la creación y destrucción por la cual la vida es a firmada como devenir (verdad de la vida), siendo el hombre el mismo el que se convierte en obra de arte como autoproducción humana, la unidad esencial (vida y arte).

El arte representa la vida, el movimiento y la acción, representa todo lo existente, lo espacial. Hay que aprender a ser libres y a jugar con la vida, así ya no parece tan cruel. No es hacerse de ilusiones sino más bien ser inventores de mentiras que hagan ser a nuestro ser creativo en el camino del encuentro de la vida por medio del juego, por medio del arte. Por ello los griegos sabían que solo por medio del arte la miseria misma se podía convertir en goce. Cultivaron el gusto por la invención, jugaron con la poesía, la música y el teatro. Así

⁵⁷ Ibid., p.80.

los individuos se exaltan de vitalidad y energía mediante el goce, son partícipes de la gran obra de arte que es crearse la vida y crear la vida como un juego libre.

Sin la creación del genio no sería posible la producción de ilusiones, para que se mantenga la vida ya que es pura actividad estética donde el fin es la vida en abundancia y en la cual obraría la acción de la naturaleza viva.

Nietzsche considera que “la realización del hombre supone la afirmación del carácter total y contradictorio de la vida”⁵⁸.

Gracias a la apariencia el individuo se percibe a sí mismo con sus deseos, sus tristezas, sus alegrías que son para el símbolos que ayudan a que pueda crear música ya que es una interpretación de la imagen de la voluntad en su libertad, por otro lado la música no tiene necesidad de las imágenes ni de las ideas, en la música ya se traduce todo este mundo y simplemente es sin más.

Así para que esta música desbordante no nos incinere, la medida y la protección de la luz apolínea nos regeneran en una trasfiguración misteriosa que abre paso a la belleza, a la belleza de la presencia en el presente vital.

Solo en los estados dionisiacos se puede manifestar el espíritu de la música, la cual por esencia es la tragedia que simboliza el ensueño del ditirambo que es de por sí naturaleza poseída de eufórica divinidad al reconocerse como salido de sí, el individuo hecho sátiro recuerda su origen donde acepta la contradicción de vivir en el dolor y la apariencia y sintiéndose a sí mismo vuelve a ese estado inocente para crear en un lugar donde la naturaleza no es lógica, esta liberada de los conceptos racionales y heredados que limitan la sabiduría, el arte creo que se encuentra en un espacio metafísico del ser “...en el sentido más amplio y más profundo-, y cómo la duración infinita de esta influencia nos garantiza la duración infinita del arte”⁵⁹

Esta serenidad no muere porque es pura naturaleza la cual se destruye y se crea en sí misma dentro del todo.

El fin del artista es transformar el instinto en arte:

Del mismo modo que el artista, el hombre teórico encuentra también en lo que le rodea una satisfacción infinita, y en este sentimiento le protege, como al artista, como la filosofía práctica del pesimismo y sus ojos de lince, que no lucen más que en las tinieblas. En efecto, si el artista, a toda manifestación nueva de la verdad, se desvía de esta claridad reveladora y contempla siempre con mirada encantada lo

⁵⁸ Op. cit., CORTEZ JIMÉNEZ, *Nietzsche, Dioniso y la Modernidad*, p. 61.

⁵⁹ Ibid., p. 137-138.

que, a pesar de esta claridad, permanece aún en las tinieblas, el hombre teórico se sacia en el espectáculo de la oscuridad vencida y encuentra su máximo placer en el advenimiento de una verdad nueva, sin cesar victoriosa, y que se impone por su propia fuerza.⁶⁰

Aquí el arte está listo para los seres que no tienen miedo a la muerte los seres que instintivamente tienen amor a la vida, y por ello en este sentido el arte es la trascendencia de lo sublime en la vida misma que es la aceptación del principio de individuación, quiero decir que se trata más bien de saber que se está en el límite extremo donde surge el conocimiento trágico “...cuyo sólo aspecto es imposible de soportar sin la protección y ayuda del arte”⁶¹

La tragedia es la metamorfosis del genio racional el cual se va hacia el lado de la realidad total para dar la bienvenida al genio que se ejercita en la música, esta es la gran transformación de lo dionisiaco en el arte vital porque es aquí donde el espíritu contemplativo es el presente en la evolución de los sueños ditirámicos, naturales de naturaleza salvaje y olor a bosque.

El fin es saber cuan necesario es el arte en la vida trágica y en su esencia profunda la cual no es sino más que la música como la madre liberadora del conocimiento repetitivo, estancado y lleno de miedo. Esta madre da a luz a sus hijos desde siempre con libertad.

El sentimiento general del fin del espíritu de la música y la voluntad de vivir es el hacernos seres consientes que nos han hecho temer a la vida siendo la vida misma el fundamento de nuestra existencia, por esta razón Nietzsche mira en la tragedia griega valores que vinculan con la vida y se nota la fluidez de su pensamiento en la contradicción equilibrada de la aceptación de los dos principios que son el apolíneo como la medida y lo dionisiaco como la pasión, Nietzsche es el encargado de defender la actitud dionisiaca que acepta la vida tal y como es con su principio y su fin. El no rechaza la vida el está a favor del instinto y no de la huida ante la vida.

Nietzsche considera que la verdadera actividad metafísica del hombre es el arte, y solamente se justifica la existencia estéticamente, quebrando las leyes dogmatizadas y dando la bienvenida a sus ideas como contra doctrinas y contra valoración de la vida dionisiaca.

En la potencia creadora unida a la sensibilidad, que es una voluntad de apariencia, el artista se olvida de sí. Se despreocupa, porque la satisfacción que le otorgan sus creaciones lo derrumba el ego. Lo único que lo consuela es su arte vital. Así es la metafísica del artista que afirma Nietzsche que el mundo solo es justificable como fenómeno estético, pues el

⁶⁰ Ibid.,p .139.

⁶¹Ibid., p .144.

artista se libera de la subjetividad cotidiana, de otras formas de percibir y de actuar. Solo cuando el artista se mueve sin un fin, sin una llegada, sin basarse en sus experiencias, se llena de su misma presencia. De esa manera ya él puede fluir en los impulsos de la naturaleza, donde el mundo es considerado artísticamente.

Se trata del juego artístico, donde el mal y el bien son parte de este devenir que se crea y destruye mientras danza libremente. Es en este sentido en el que la voluntad juega consigo misma en plenitud de su placer.

Repito que la música es la expresión dionisiaca del mundo. En la música brota la armonía y la desarmonía. El espíritu dionisiaco está completamente unido a la vida que impulsa a fortalecernos en el mundo y no en un más allá. La naturaleza hace que los hombres maduren para la muerte y lleven una vida bella. Así el arte justifica a la vida como fenómeno estético.

Cuanto más arduo nos resulta conocer las leyes de la vida, más necesitamos la apariencia de esta simplificación, aunque más no fuere por breves instantes. Más grande es, entonces, la tensión entre el conocimiento general de la vida y la capacidad moral y espiritual del individuo para enfrentarla. *El arte está ahí para que el arco no se rompa.*⁶²

El único consuelo del dolor de la existencia es el arte. Es la verdadera fe del hombre que ve la muerte y por ello “la tragedia es la presencia de los agrados, el reconocimiento de nuestra flaqueza, de nuestros límites, de la presencia delo ilimitado”⁶³.

La tragedia es la respuesta al absurdo, a la desesperación de escapar o preguntar el sentido de la existencia. El arte es el placer de interpretar el destino, que se refleja en las voces de los dioses. La naturaleza brinda la inspiración mágica y teje su expresión vital en las fuerzas del conflicto. El artista trágico sabe que hasta el fin permanece la destrucción y la construcción del mundo de la individuación. Con este impulso actúa la filosofía del presente.

3.1. La naturaleza estética del fenómeno musical.

“La música es la verdadera *Idea* del mundo”⁶⁴, ya que es la vida misma que fluye y refluye y nos conduce al corazón de la realidad. La música hace que penetremos en lo más

⁶² ABRAHAM, Tomás, *El último oficio de Nietzsche*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005, p. 73.

⁶³ *Ibid.*, p. 73.

profundo de las cosas. Así afirmamos la vida desde la creatividad donde se transmutan los valores.

Por ello Nietzsche bautiza a esta idea como *contra doctrina* y es una valoración de la vida dionisiaca. El arte es lo único real porque deriva de las fuerzas de la naturaleza. En esta metafísica del dolor, el producto onírico de los dioses en los griegos fue necesario para producir una transfiguración, soportar la existencia y justificarla como fenómeno estético. Es una visión eternamente cambiante, que condena a la moral de la compasión de la felicidad terrenal. Por ello hay que aprovechar, como el ser trágico, el infortunio de la vida para crear y dar la cara aceptando el abismo insondable del vivir. Este sufrimiento de la vida es considerado como afirmación efectiva y real de ella misma, ya que produce individuos más fuertes e ingeniosos para vivir de una manera más sensiblemente artística porque encuentran el placer en la muerte vista como cambio. De hecho, en la dualidad sublime de goce y horror, se manifiesta la experiencia estética de la tragedia como justificación, queda afirmada la vida, a pesar del sufrimiento contradictorio y primigenio.

La madre de la seducción que enciende las pasiones es la música. Eleva el instinto artístico de los humanos a un principio del universo que se convierte en ontología. Es la interpretación del mundo, guiada por el poder estético, que encuentra que la actividad artística del hombre es el juego. Por ello Nietzsche concluye que el arte es la llave que nos permite descubrir la esencia del mundo, ya que en el arte se experimenta la vida de un modo creador. También afirma que el *Origen de la tragedia* es una metafísica de artistas porque solo con corazón de artista se puede abrir el corazón del mundo. La tragedia permite un “...estado de alma artística, una percepción estética en los oyentes”⁶⁵.

La naturaleza estética del fenómeno musical se produce cuando el oyente noble es capaz de sentir y dejarse fascinar por los efectos artísticos que lo entusiasman, cuando deja que se espiritualicen sus vivencias. Por medio de la abstracción de la existencia real, el oyente percibe la fuerza de la naturaleza esencial, que es creadora y que vuelve vivencial la imaginación irracional en la tragedia mítica. Así, afirma Nietzsche que en la voluntad de vivir el ser trágico siente sus pasiones y experimenta las emociones más misteriosas y ocultas. Al mismo tiempo tiene conciencia de la transformación de su ser y se asombra de los “efectos artísticos apolíneos” que son los que dan paso a la contemplación libre. El

⁶⁴ Op. cit., NIETZSCHE, *El Origen de la tragedia*, p. 186.

⁶⁵ Ibid., p. 190.

sentimiento de alcanzar en este estado, la justificación del mundo. El fin del arte apolíneo no es sino el de dar a luz a los artistas soñadores dionisíacos.

La música y el mito trágico son, en igual grado, la expresión de la facultad dionisíaca de un pueblo, y parecen inseparables. Ambos emanan de una esfera del arte que por lo mismo es apolínea; ambos iluminan una región de armonías dichosas en las que se extingue deliciosamente la disonancia y se desvanece la horrible imagen del mundo; ambos juegan con el agujón del dolor, confiando en el poder infinito de sus encantos; ambos justifican por este juego la existencia del *peor de los mundos*.⁶⁶

Esta es la razón sustancial del *Origen de la tragedia* porque solo en el mito se puede entrar libre en la incoherencia de las actividades de la imaginación y del ensueño. En este estado abstracto se desencadena la imaginación artística, que revela la fuerza primordial oculta. Ésta se manifiesta poderosamente en un instante para luego volver a dormir y soñar en esta sensación profunda y desbordante de vida. Los soñadores dionisíacos escuchan el eco estimulante. En cierto sentido los griegos concebían la vida con ayuda de este sentimiento eterno y fuera del tiempo llamando al arte a su ser para calmarse en los momentos de pasión. Es así que ellos regresaban a lo inconsciente metafísico de su existencia. Está, completamente vitalizada de instinto, incita a la vida y transfigura la realidad del mundo de las apariencias. En el busca el goce de lo puramente artístico. Lo horrible y espantoso es también un juego estético:

Que la voluntad juega con ella misma en la plenitud eterna de su alegría. Este fenómeno primordial y difícil de concebir del arte dionisíaco adquiere directamente una rara evidencia y es inmediatamente percibido en las maravillosas propiedades de la disonancia musical; como también, por otra parte, la música, yuxtapuesta al mundo, es la única capaz de explicar lo que hay que entender por justificación del mundo en cuanto fenómeno estético⁶⁷

Con el placer primordial aun ante el dolor, el instinto dionisíaco hace nacer la música y el mito, por los cuales se aspira al infinito. En este estado lleno de goce y de percepción de la realidad se reconoce un fenómeno dionisíaco que revela el mágico juego de crear y destruir el mundo individual. Así se hace presente la fuerza creadora del universo.

⁶⁶ Ibid., p. 204-205.

⁶⁷ Ibid., p. 202.

3.2. El sentido irracional en la justificación y creación artística del hacerse a uno mismo.

Otro aspecto importante en la justificación de la existencia y el mundo como fenómeno estético es la irracionalidad con la que vivían los griegos trágicos. El culto primitivo le daba espacio al estado de trance, que era la intervención sobrenatural, sagrada.

Con Dionisos se emancipaba el sentido de la inducción del éxtasis por medio del vino y de la danza que actuaban en los humanos mediante el entusiasmo. Este sentido los liberaba, tanto de la interferencia del cuerpo como de la mente racional. Esos seres estaban inspirados por el poder del culto. “Detrás del caos aparente, había un conocimiento y un propósito”⁶⁸

La función de la expresión ritual de la danza de montaña era esencialmente catártica. Entonces ésta es una respuesta cómo es que los seres humanos trascienden su existencia mediante la música.

En el ritual Dionisos ofrecía la libertad quería que se unían al goce y a la felicidad del presente donde se comparte plenamente. Dionisos fue el dios del goce y del pueblo decía “olvida la diferencia y hallarás la identidad, únete al olvido y serás feliz hoy”⁶⁹

En la tradición catártica existía la cura dionisiaca. Por medio de la danza orgiástica, con música de melodías frigias tocadas en tambor y flauta, los seres humanos se acercaban al dios. Él los ponía en un estado “fuera de sí”. Ellos caían en una especie de trance, llamado catarsis musical.

En sí misma la música es buena para encontrarse con el espíritu de la humanidad.

Por ejemplo, hoy en día existe la musicoterapia para devolver la magia vital. Ella puede tratar en las personas los estados de ansiedad. Otros trastornos son curados por medio de la sinfonía.

“Y en la época antonina Sorano menciona la música de flauta entre métodos empleados en su tiempo para el tratamiento de la depresión o histeria”.⁷⁰ Se trata de una “catarsis mágico religiosa” de musas y dioses del Olimpo. Éstos juegan con los humanos para hacerlos ver la mirada de la naturaleza en estado de exuberancia. La naturaleza está llena de magníficos dones para los que se atreven a entrar en el canto extasiado de la aceptación de la

⁶⁸DOODS, *Los griegos y lo irracional*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1980, p.81.

⁶⁹ Ibid., p.82.

⁷⁰ Ibid., p.85.

vida y la muerte. Uno de los dones que daban las Musas a los hombres “era el poder de la palabra verdadera”⁷¹.

El pensamiento creador es obra del encuentro inmediato del humano con lo divino.

Esta cercanía genera el caos y la dicha, de cuya esencia somos creados. “Los sueños están íntimamente relacionados con el mito, del que se ha dicho que es el pensar onírico del pueblo, así como el sueño es el mito del individuo.”⁷²

En este mundo griego todo era interpretado simbólicamente. Los símbolos están relacionados con la vida humana más íntima. En este simbolismo somos más libres, en tanto percibimos los factores no racionales de la experiencia humana.

Así se vuelve a unir la psique con el soma, como lo afirma Doods acerca de Homero:

El alma no era a su pesar prisionera del cuerpo; era la vida o el espíritu del cuerpo, y se sentía en él perfectamente a gusto, como en su propia casa. Fue aquí donde el nuevo esquema religioso hizo su contribución decisiva, preñada de consecuencias para el futuro: al atribuir al hombre un yo oculto de origen divino, rompiendo así el equilibrio entre el cuerpo y el alma, introdujo en la cultura europea una nueva interpretación de la existencia humana, la interpretación que llamamos puritana.⁷³

Otro ejemplo de la música aceptada como purificadora es el de ciertos chamanes legendarios de Siberia. Con su música ellos pueden hacer que vengan a escucharles los pájaros y las bestias. En cuanto a los griegos, en el mito-rito musical ellos creían que las consecuencias desagradables del pecado podían “borrarse por medios rituales.”⁷⁴ El yo oculto “daimon” es el portador de la divinidad potencial del hombre. En la música de encantamiento la liberación de este yo se expresa y se magnifica con más esplendor. “Las técnicas de la kátarsis no son racionales, sino mágicas”⁷⁵

Para entender aquel irracionalismo se necesita saber el origen y la fuerza de los símbolos míticos. Los griegos trágicos reconocían un más allá que estaba fuera de las categorías morales y era inaccesible a la razón. Recalcaban que la pasión es buena y que la moral estorba para reconocernos como seres naturales. “Se natural”, dice la Causa Injusta en las

⁷¹ Ibid., p.86.

⁷² Ibid., p.105.

⁷³ Ibid., p.137.

⁷⁴ Ibid., p.146.

⁷⁵ Ibid., p.150.

Nubes; “cocea, ríete del mundo, no te avergüences de nada.”⁷⁶ Este conocimiento nos ayuda a liberarnos de los sueños y de las concepciones impuestas durante toda la vida.

Autoafirmarse y no ser cobardes es lo que dicta la irracionalidad.

El sentido de culto en los griegos era muy importante, así como el gusto por la religión orgiástica. Las pasiones son necesarias en la vida, la energía que emana de éstas nos activa la creatividad.

A la pregunta de si alguno de nosotros se contentaría con una vida en la que poseyera sabiduría, entendimiento, conocimiento y un recuerdo completo de la historia entera, pero no experimentara placer ni dolor, grande ni pequeño, la respuesta que se da en el Filebo es un “No” rotundo: estamos anclados en la vida de la sensibilidad, que es parte de nuestra humanidad, y no podemos renunciar a ella ni aun para convertirnos en “espectadores permanentes de toda la existencia.”⁷⁷

En la intuición irracional los individuos dionisiacos se expresaban con más fuerza, pues se creía que estaban animados por las mentes divinas. Tal situación pertenecía al dominio del mito. Esos seres eran los proveedores del ritual catártico. A ellos les influía la música, que los sostenía en la ataraxia.

En el arte la representación de los estados de entusiasmo se debe a la imaginación.

Por eso, en el rito dionisiaco la voluntad de bailar se apoderaba de las personas sin el consentimiento de su mente. En esta infinitud se estaba en contacto con lo sobrenatural.

Doods describe aquella situación de la siguiente manera:

Los elementos irracionales de la naturaleza humana gobiernan sin nuestro conocimiento una parte tan grande de nuestra conducta y una parte tan grande de lo que creemos nuestro pensamiento. Y si tengo razón en esto, puedo ver en este hecho razones para esperar. Como confío haber mostrado en estos capítulos, los hombres que crearon el primer racionalismo europeo no fueron nunca –hasta la Época Helenística– “meros” racionalistas, es decir, fueron profunda e imaginativamente conscientes del poder, el misterio y el peligro irracional. Pero sólo podían describir lo que acontecía por debajo del umbral de la conciencia en lenguaje mitológico o simbólico.

Para los soñadores dionisiacos de almas híbridas era muy importante practicar y ver la música como danza de ritual. Ese era el estado que querían descifrar, ya que en este proceso purificaban su existencia. Así recalca Nietzsche que solo estéticamente puede justificarse el

⁷⁶ Ibid., p.179.

⁷⁷ Ibid., p.199.

mundo y la existencia. Él opina que la voluntad no individual, la voluntad metafísica, es lo que impulsa a la vida y es en esta forma de conocimiento donde se hace posible contemplar el arte. Mediante el arte y mediante la ayuda de la ilusión, se desenmascara el mundo en sí mismo y se puede entrar en sus profundos abismos.

El absurdo también es necesario para fundamentar la vida. En este estado dionisiaco que justifica la vida somos lanzados a la fuente vital pero también es donde hay sufrimiento.

En esta dualidad la tragedia aparece en la antigüedad griega para que en el drama musical se unifiquen la obra y el espectador en el espíritu trágico.

Debemos enfrentar el pesimismo sin juzgarlo porque esto también compele a vivir.

A través de la bella apariencia la fuerza transfiguradora nos hace asumir la vida en la lucha del instinto dionisiaco y el apolíneo, en cuanto podemos traspasar el mundo divino al mundo musical o artístico. Quiero decir que está divinizado todo lo existente. En esta concepción estética del mundo se presupone una sensibilidad para el dolor. Para que el dolor se manifieste embriagador en el hombre, éste se reconcilia con la naturaleza y conoce la sabiduría dionisiaca donde él también se percibe como parte de la naturaleza. En tal manifestación las fuerzas simbólicas de este ser se sensibilizan, pero sólo la música le permite simbolizar la voluntad del mundo. El hombre se desliga momentáneamente de la vida cotidiana para verse a sí mismo mirando con los ojos del dios.

La visión trágica consiste no solo en reconocer lo absurdo, sino también la capacidad para sobreponerse a la vida sin negarla. Así aparece la voluntad de vida para superar el pesimismo, afirmándolo mediante su transfiguración artística.

En esta fuerza transfiguradora el ser humano es conducido a una firme afirmación de la voluntad de vivir como sujeto cognoscente.

El irracionalismo es fuente de vida, lo salvaje purifica, el caos es regenerador.

Existe el efecto pasional genuino de la tragedia en la música que para Nietzsche representa la expresión de lo metafísico. La tragedia nace de la experiencia irracional, espontánea e instintiva donde el sostén es el genio musical dionisiaco.

Esta experiencia trágica es a la vez mística. Nietzsche cree que la tragedia es una categoría existencial: desde la experiencia mística que es pasión, afirma la vida como un destino natural ya que en ella se perciben en conexión los instintos auténticos y artísticos.

La idea central es la vida y la actitud para captar esta idea es únicamente afirmarla.

Nietzsche afirma que el hombre en el instante recobra la eternidad y sabe que es creador de su propio destino vital. El hombre debe amar el instante porque la vida es lo único real.

¿Pero cuál es la justificación de la existencia que tanto le preocupa a Nietzsche?

Es el transformarse a uno mismo, superarse a uno mismo, para hacer cosas grandes que colaboren con el crecimiento de la humanidad. Dejar la conciencia de sentirse esclavos y más bien ser libres en cuanto construyen artísticamente su forma de vida, la cual les ayude a desarrollarse plenamente. Además de tener en cuenta que la vida así es de gran dicha y también profunda y misteriosa.

El sentido de todo esto es que la existencia es humanamente trascendente. El hombre es el que tiene que construir su vida y debe saber que posee privilegiadamente esta acción, que continúa en una incesante destrucción y construcción de su devenir. Las únicas esperanzas no son ultra terrenales sino terrenales por ello hay que armonizarse con el mundo de la tierra.

El hombre es un ser para la vida. Nietzsche propone una meta a seguir, que es ser dionisiaco en el sentido que este ser afronta con valor la disolución y valora la existencia efímera con todo su dolor y su placer. De la consideración trágica del mundo surge una jovialidad vital y tan solo el filósofo y el artista tienen conciencia de que la vida no está predeterminada.

En esta visión estas dos clases de humanos aprenden a morir y también a vivir con toda su voluntad. Viven como si su vida fuera una obra de arte porque es allí donde se construyen a sí mismos y a sus creaciones. Así, viven realmente porque aceptan la existencia como finita y cada respiro en el tiempo está consagrado a una bella profundidad reflexiva y creativa.

Ésta los hace entusiasmarse en el recorrido de la vida, en la búsqueda trágica que enseña la plenitud vital en todas sus manifestaciones. Son soberanos de sí mismos que con su voluntad no se dejan hipnotizar por las ideas sectarias. Quieren libertad en todos los sentidos, combaten el miedo y son seres capaces de habitar en la diversidad.

Las pasiones impulsan a crecer comprendiendo que detrás de cada ilusión se vive también la realidad de nuestro propio corazón. Es aquí donde sin velos cambiamos cada sentimiento, como por ejemplo: los celos en confianza, el miedo en valor. Es simplemente el valor de ser libres, el valor de saber que el miedo es ilusión. Esta hace que nos demos cuenta que no vale la pena quedarnos estancados en el miedo. La ilusión asoma como un maestro

que alumbra nuestras flaquezas para ayudarnos a transmutarlas y hacerlas creativas y llenas de gozo.

Auto-determinándonos, no nos atamos a certezas ni creencias. En esta autosuficiencia apreciamos la libertad de la voluntad, que no domina sino deja que suceda y viva el presente mientras descubre la esencia del mundo. Es el saber vivir y también involucrarse en el movimiento de ser más seguro y responsable de la existencia.

En el espíritu musical sobrevive lo instintivo. A través de la fuerza transfigura, ese espíritu brinda a los humanos sensibilidad para aceptar el dolor. En estado de éxtasis el músico se reconcilia con la naturaleza y se percibe a sí mismo como creado y creador en el juego de la embriaguez dionisiaca. Este artista vive traspasando lo onírico.

El sonido se convierte en música y es un rasgo sentimental de la voluntad. El placer y el espanto resuenan para celebrar con la naturaleza. Celebran la exuberancia de los afectos que despiertan su eterno fluir, que fortalecen la vida y la glorifican en el arte. Solo a través de esta esencia sublime el absurdo se vuelve asombro e inspiración. Así, la existencia es justificada, incluso en sus aspectos más terribles. La música proviene de la embriaguez dionisiaca. Por ello Nietzsche afirma que ésta juega con la espina del displacer. Él confía en su arte mágico, en que el juego vital puede ser realizado, por lo cual podemos sobreponernos sin condenar ningún acto.

El hombre dionisiaco muestra su fuerza y su voluntad de vida porque supera el pesimismo, mientras lo afirma mediante su transfiguración en el juego artístico. Este hombre restablece la vitalidad tanto del mundo interior como del exterior. Afirmándose como existente puede contemplar el universo y danzar en la maravilla cósmica. Lo humano se manifiesta en el espíritu danzante de la música como ser fluyente en su exuberancia de ritmos y movimientos. Para este artista el cosmos está guiado por la esencia encantada de la música y lo irracional.

El mundo real se llena de lo onírico por la invocación mística y lo sobrenatural del éxtasis de naturaleza divina. Se llena de impulsos irracionales que evolucionan en una estética consciente de acción trágica, que experimenta la pasión de olvidarse de uno mismo para encontrar el mundo salvaje que purifica el caos y hace florecer el origen. La música doma a la bestia, ella viene de lo divino y de lo que no se puede hablar, la música está en todo.

Apreciarla música nos acerca al espíritu absoluto de la vida.

Si no hay contemplación pura sin interés de por medio, no se puede creer en las producciones artísticas. En este acto genial se percibe la propia infinita libertad, que necesita ser expresada más allá del propio ser y de la misma nada. Se atesora así cada segundo de la vida hecha arte. En esta pureza de creaciones inconscientes surge el mundo onírico y lo más irracional. El espíritu de la música es dionisiaco. El arte es terapéutico por el hecho de que puede transmutar lo horrible en imágenes que ayudan a soportar la vida. En los movimientos del mundo el arte nos ayuda a revelar las fuerzas originarias y con valentía somos capaces de sobrevivir ante la verdad terrible y divina de un sueño-real.

Hay que confiar en la vida, conocer todas sus miserias nos enseña a afirmarla enérgicamente. Las fuerzas estéticas son afirmadas por la vida y en esto renace el hombre intuitivo y el artista auténtico. Entre sus ruinas el artista se prepara para los efectos de la música, que lo invaden de alegría.

Los hombres que se encuentran en una disposición de ánimo guerrera, como los griegos del tiempo de Esquilo, son difíciles de conmover, y cuando la compasión triunfa por una vez de su dureza, se apodera de ellos una especie de vértigo, y se sienten entonces arrastrados y sacudidos por una emoción religiosa. Después hacen sus reservas acerca de este estado; mientras están dominados por él gozan del encanto que les proporciona la embriaguez de lo maravilloso, mezclada con el ajenjo del dolor; es verdaderamente una bebida de guerreros; algo raro, peligroso, dulce y amargo a la vez, que no está al alcance de todos.⁷⁸

Afirma Nietzsche que éstas no son almas que se doblegan ante ningún pánico o cortejo. Están sostenidos por la fuerza de no pertenencia, de un desapego auténtico para desbordar su energía en la creación artística de hacerse a uno mismo. Esta actitud sobria exige el dominio de sí mismo y la sinceridad ante la construcción del propio mundo. Este hombre con sus gestos quiere decir algo a nuestra sensibilidad simbólica. Se llena de encanto y se satisface plenamente. Con nuevos rasgos salvajes y elegantes a la vez, se vuelve inventivo, su sagacidad al conocerse y al querer decir algo, nos enseña que conoce y ama la vida.

“¡Cómo conoce el alma humana este músico!”⁷⁹

Para la música no hay imposibles. Es capaz de sentir con intensidad y elevación porque el instinto es la esencia misma de los sonidos, de las fuerzas esenciales que gravitan entre el hombre y la naturaleza. De esto también nace el amor a la vida porque sin este impulso de locura no podemos vibrar en la profundidad de la sin-razón, que no solo es la risa y la

⁷⁸ NIETZSCHE, Friedrich, *Aurora*, Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, 1967, p. 122.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 166.

sabiduría. Es también lo trágico que forma parte de esta gran danza sublime donde se puede ser y dejar de ser uno mismo.

Sólo como artistas podemos inventar nuevas apreciaciones para seguir el camino de la creación. Allí lo ordinario se muestra como el primer despertar, para verter en su simpleza la unidad de todos los sentidos. Ellos quieren hablar por sí mismos sin necesidad de una voz humana que los haga moverse. En esta apariencia creada vive la esencia de la vida y nos recuerda el origen de la contemplación. Es la naturalidad de conmovernos o apreciar lo que alguien con su sensibilidad desbordante de inspiración pudo imaginar y luego pudo hacerla existir. Además de asombrarnos al ver esto, también nos conmovemos y llenamos de vida.

El arte nos prende el sentimiento de la presencia que quiere soñar despierto para poder hacer de su vida especial. Hacer de su vida un juego de colores fantasiosos y deshonestos, impudorosos y desconcertantes, que nos alegre a la final y sintamos agradecimiento con la vida misma por el hecho de existir y poder gozar de sus maravillas.

Nos basta amar, odiar, desear; nos basta sencillamente sentir para que en seguida el espíritu y la fuerza del ensueño descendan a nosotros, y con los ojos abiertos, indiferentes ante el peligro, trepemos por el más peligroso camino que conduce a las cumbres y a las torres de la imaginación; el vértigo no se apodera de nosotros, que nacimos para trepar, que somos en pleno día sonámbulos; no nos domina a nosotros los artistas, a nosotros que, lunáticos y ebrios de lo divino, escondemos lo natural. Viajeros infatigables, silenciosos cual la muerte, pasamos por las alturas sin advertirlo, creyendo, nos hallarnos en plena seguridad.⁸⁰

Son los humanos que no tienen temor los que pueden hallar en cualquier vivencia el elixir de la vida eterna. En este terreno del espíritu sus aficiones van más allá de su ser. Por ello el músico se supera en el arte. En él halla los sonidos perfectos para expresar su dolor, sus verdades, sus fantasías, su sonrisa, para expresar toda su alma y consolarse metafísicamente por el medio simbólico e indecible de la música.

Sabe el acento que conviene a esos instantes secretos e intranquilos del alma en que parece que van a dissociarse la causa y el efecto, y en que a cada momento se espera que vaya a surgir alguna cosa de la nada. Como nadie, sabe llegar al fondo de la felicidad humana, y libar en su copa ya vacía, en que las más amargas gotas acaban por confundirse con las más dulces. Conoce las cansadas oscilaciones del alma que no acierta a saltar ni a volar, ni

⁸⁰ NIETZSCHE, Friedrich, *La Gaya Ciencia*, Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, 1967, p. 63.

quiera a moverse, y tiene la mirada temerosa del dolor oculto, la comprensión que no consuela, los adioses que no se pronuncian.⁸¹

Para componer obras maestras es necesario ocultarse hasta de uno mismo y es arduo trabajo comprender esta perfección que resulta en la vida, pues es demasiado misterioso afirmar o hablar de esto.

Afirma Nietzsche que el artista propone crecer y desarrollarse libremente, sin miedo, con amor inocente al propio ser. El ser sincero transmuta los valores. Su causa rebelde impulsa el crecimiento de un fluir con la naturaleza cambiante. Se sale así de la moral tradicional y su único consuelo es la vida misma, porque es desde ahí donde se consigue la libertad y se da cuenta que el mismo es el que quiere poseerla.

El efecto de su quehacer artístico se verifica en la fuerza de transformación de las cosas que vive y crea. Se manifiesta así una acumulación sobria de estados y vivencias elevadas en cuanto existe.

La música refleja la expresión del movimiento de la esencia dionisiaca. Allí nos sentimos satisfechos y desde este estado nos elevamos al entusiasmo sublime. No hay hombres domados sino hombres que llevan en sí una extraordinaria invención, que acompaña su devenir y su arbitrariedad. Por ello Nietzsche ansia un arte de los sonidos, “...así podría yo llegar más fácilmente a los oídos y a los corazones de los hombres. Con los sonidos se consigue seducir a los hombres y hacerles aceptar todos los errores o todas las verdades.”⁸²

Se trata de la aceptación de la vida tal como es, de dejar que suceda como sea su origen, de vivir plenamente todo acontecer, de invadirnos de mundo viviente hasta la hora de la muerte. Se trata de librarnos de las consecuencias del tedio con la potencia del “arte como buena voluntad de la ilusión.”⁸³

En el arte de la voluntad de la ilusión surge la locura como esencia misma depuradora de la razón. Ésta nos distrae de nosotros mismos para entrar danzarines, con el espíritu de bufón, sueltos de huesos y de mente al mundo, que nos eleva sobre las cosas y que reclama nuestro ideal profundo. Es el mismo espíritu que nos mantiene con vida, el asombro primordial por lo abismal de la existencia en acción creadora.

⁸¹ Ibid., p. 81-82.

⁸² Ibid., p. 98.

⁸³ Ibid., p. 99.

La existencia nos parece soportable como fenómeno estético, y el arte nos da ojos y manos, y sobre todo tranquilidad de conciencia para poder engendrar nosotros mismos ese fenómeno. De vez en cuando necesitamos descansar de nosotros mismos, mirarnos desde lo alto, en la lejanía del arte, para reír y llorar por nosotros; necesitamos descubrir al héroe y al loco que oculta nuestra pasión por el conocimiento; es menester que alguna vez nos regocijemos con nuestra locura, para que podamos conservarnos alegres en nuestra sabiduría.⁸⁴

Todo esto debemos aprender de los artistas, su sentido de no tener prejuicios. Lo que les distingue de los demás humanos es que en esa fuerza sutil que se hace presente “termina el arte y empieza la vida”.⁸⁵ Hay que ir a ese lugar donde el arte se ha vuelto naturaleza, donde existe el dolor y el placer, fuerzas igualmente sabias que conservan la vida y nos llenan de esencia original. Aprender a vivir en estado de creación es la gran hazaña para todos los humanos que quieran encontrar el amor sublime, ser mensajeros de las musas en horizontes llenos de creatividad. Ésta inspira para superarnos y para encontrarnos en estado de evolución de conciencia.

Hay que lograr la guerra y la victoria. La vida es el medio de conocimiento. Hay que saber que con el corazón se puede vivir alegremente. La vida es considerada como pasión y fortaleza de la voluntad. Es fuerza constructiva de ánimo vivo. Como afirma Nietzsche, es la naturaleza inmoral que manifiesta su plenitud por toda la eternidad de su ser artístico.

El mundo debe estar habitado por la vida porque de esto surge el sentido. En los estados de percepción y comprensión el humano puede descubrir la música y sincerarse con su animalidad. Esta travesía encantada de sonidos, que lo llevan a su estado puro de ser y dejar de ser, a un cambio que no se detiene y en el que es mejor permanecer en estado creador.

La vida está contemplada bajo la óptica del arte, ya que ésta es creadora y dinámica. A través del arte recuperamos el valor del sentido vital. El arte es la expresión inmediata de la vida porque potencia los impulsos. La esencia auténtica del arte se fundamenta en el crear y la inspiración surge de la misma vida. El verdadero juego artístico es el que se juega con uno mismo.

⁸⁴ Ibid., p. 99.

⁸⁵ Ibid., p. 158.

CONCLUSIONES

1. Con una conciencia más sensible para penetrar en el mundo libremente, el impulso de crear se manifiesta para que podamos ser partícipes de la exuberancia de la vida, aceptándola tal y como es, con todo su dolor y su goce, con sus necesarias contradicciones que son imagen de la naturaleza. En el espíritu de la música lo trágico es parte del mundo, por ello surge la vivencia transformadora que nos enseña que los humanos somos creadores por naturaleza. Enfrentarse con todas las espantosas verdades nos vuelve auténticos y dignos de vivir la vida.

La expresión existencial artística es la vida misma, que reconocemos por medio del arte sin que nos importen los riesgos.

2. La moral repudia las manifestaciones de vida natural-instintiva. En el espíritu de la música existe una visión dionisiaca de ver el mundo que nos hace reconocer nuestra propia esencia creadora, libres de imposiciones. Suprimimos toda valoración y jugamos a transmutar valores para encontrar lo que es naturalmente humano y no tener miedo o angustia ante ello. Todo está tan lleno de sí que solo tenemos que volver a la mirada contemplativa y gestar nuevas conciencias que amen la vida y que por tan alta inspiración, sean creadores de su vida y de su arte.

3. Desde este mundo de apariencias se aprende a reír. Los individuos que se reconocen como sujetos creadores entienden su voluntad de vivir y se encuentran con todas las facultades simbólicas de la esencia creadora. Con esto, el individuo entra en el encantamiento de la embriaguez dionisiaca y puede entusiasmar su ser sin pretensiones sino simplemente dejándose llevar por sus impulsos. Estos se han divinizado para ver tal y como es el mundo y recuperar la unidad primordial y así transmutar el dolor en alegría. El individuo se afirma como sujeto vital, se mantiene en la vida y se alía con la naturaleza.

En este estado de libertad, el ser humano se reconcilia consigo mismo y con el todo.

4. La relevancia del conocedor puro es muy significativa, ya que éste nos enseña que podemos trascender lo subjetivo para ver el mundo como totalidad. Al objetivar nuestro conocer, podemos reconocer nuestra esencia universal. Nos expandimos libremente para ser creadores y nos manifestamos vitalmente como seres conscientes de vida y de muerte.
5. En el espíritu de la música nos conocemos por medio del arte, que nos impulsa a crear vida, a ver necesaria la apariencia de los sentimientos del mundo. Así nos convertimos en mejores seres humanos y volvemos al asombro para encontrar nuestro sitio en el mundo como obras de arte. Al reconciliarnos con la vida y la muerte, nuestro ser íntimo se ve encantado. Por ello Nietzsche se refiere al coro dionisiaco, ejemplo del artista embriagado que ve a su sí mismo transmutado en otro ser. Es un ser entusiasmado, que surge del encantamiento musical. En este estado la dualidad se hace aliada de su danza. Como ser total unificado recobra el agradecimiento a la natura alquímica por verse con su sensibilidad creadora. Esto nos da vida y así somos capaces de traspasar el miedo, la locura, la desolación porque nos hemos unificado con el placer de vivir el cual es eterno misterio.
6. El artista dionisiaco rebasa los límites de la sensación y percepción. En las imágenes que encuentra en ese estado de naturaleza representa su presente, se une a la imaginación interna y sonora que es la eternidad. El artista está en éxtasis, su ánimo es musical. Se identifica con su dolor y sus contradicciones para representarlos en música. Así sensibiliza el mundo de la apariencia, mientras se encuentra como reflejo delo eterno y pide que su estado estético conserve la vida.
7. Debemos señalar que en *El origen de la tragedia en el espíritu de la música*, se hace presente la festividad dionisiaca, en la cual el desenfreno estaba permitido en los sujetos que buscaban la compenetración mística con Dionisos. En tal estado asumían el desgarramiento del *principium individuationis* como fenómeno artístico. Por ello la tragedia es la objetivación de un estado dionisiaco en el que se hace explicito el sufrimiento. El coro que habla del héroe trágico y así quiere proclamar la verdad desde el corazón del mundo, una verdad que es el horror y absurdo del ser. Por ello la tragedia existió para hacer más soportable la vida. Se convirtió en un espectáculo estético encantado para mirar el mundo cambiante, que se renueva eternamente en su sufrimiento. El arte convierte todas las imágenes y sentires terroríficos en representaciones artísticas con las que se puede vivir. Con esta fuerza sublime, el

hombre actúa a pesar de todo, se enfrenta al mundo y eleva su ser después del “olvido de sí”. Solo puede lograr esa fuerza por el embriagante mundo musical dionisiaco. Así el verdadero ser sale a la luz y vive en el mundo sin ser parte de él, como el niño.

8. Este espíritu dionisiaco, este espíritu musical es el “espíritu de la tierra”. Por medio del arte descubrimos la esencia del mundo. A través del arte experimentamos el mundo de modo creador y afirmamos con júbilo lo terrible de la vida. El sentido trágico es saber que todo es Uno. La vida y la muerte se encuentran profundamente en movimiento y son aspectos del misterio de la vida. En esta ontología originaria, lo trágico es la verdadera esencia del devenir real y múltiple. Este devenir múltiple muta en arte para poder comprender intuitivamente la expresión originaria del mundo-cosmos y así poder captar lo primordial del ser.
9. Lo trágico expresa el ser. Los impulsos artísticos de la naturaleza (apolíneo y dionisiaco) conforman lo real en una unidad indisoluble. Por la intuición podemos penetrar en la esencia misma del devenir vital del ser que todo lo crea y todo lo destruye. El pensamiento dionisiaco proviene de la expresión simbólica. Por ello es necesaria la intuición que nos posibilita llegar al uno primordial. A partir de las divinidades artísticas, el espíritu intuitivo es simbolizado en el espíritu de la música. Esta afirma el dolor y con ello la vida del devenir de las fuerzas esenciales, que están en perpetuo cambio y movimiento.
10. La fuerza de la naturaleza es trascendida en arte. Con lo apolíneo y dionisiaco se origina la obra de arte, como actividad vital. En la música expandimos la sensibilidad. Así los griegos llegaban a sentir la potencia y creación de Dionisos, el cual los llevaba al abismo de la realidad que es el uno primordial. Así se revela el ser y la esencia misma. En ésta la vida necesita ser expresada en una voluntad de vivir apasionada e impulsiva que asume y se reconcilia con el dolor. En esta acción se vuelve a la magia y al encuentro con el dios del éxtasis. Él danza en un rito musical-cósmico y, con arrebatos de gracia, transmuta su naturaleza. Propicia la embriaguez en los individuos y los libera de su yo. Estos individuos se dejan llevar, están sin intenciones mentales, libres y fluyentes. Se expresan en el juego y así destruyen por medio del arte todo lo que sea racional.
11. El arte no es un simple complemento, sino que tiene una dimensión metafísica de “transfiguración”. Es la manifestación de nuestro sí mismo que, por medio de la

danza musical, vuelve a verse como espíritu libre. Se desapega de los valores que lo han desilusionado. Recuerda que su inocencia es el despertar, para entusiasmarse, crear y sentirse libre, a pesar de la natural crueldad de las cosas. La verdadera unión del hombre con la naturaleza y su sentido consiste en expresarse sin más en el presente, para descubrir la naturaleza esencial de la vida.

12. Solo la voluntad es real y la música es su representación. En ella se afirma la vida como creadora de la catarsis de nuestro ánimo.

El fin de la música es ayudarnos a comprender lo contradictorio de la vida. Es una forma artística que nos transfigura para poder sentir nuestro ser auténtico. Éste se expresa consigo mismo, concilia su identidad con la naturaleza y así descubre el misterio original de una nueva manera de percibir la vida.

13. Mientras nos afirmamos como seres activos, no nos atamos a la decadencia de la cultura que enajena. Nuestra sensibilidad vital quiere dar cabida a crear. Nos libera de estados que nos alienan, por lo cual encontramos la fuerza para surgir como vida y como arte.

14. En tanto afirmamos lo contradictorio y absurdo, nuestra conciencia se expande en la música como catarsis y liberación. Así nos situamos en un lugar propio en el mundo, en el cual con placer podemos exaltar la naturalidad de nuestros instintos. El arte es elevado a dignidad metafísica y podemos descubrir en este encanto verdadero, posibilidades de realización.

15. El artista afirma la voluntad universal del mundo. Busca en sí mismo todo lo que le haga afirmar la vida. Con este instinto artístico su ser es puro instante fugaz, vibra con la naturaleza creativa del despertar al juego y a la danza para bailar en la vida. Este es el camino hacia uno mismo. El verdadero artista es el que se conoce y quiere conocerse a sí mismo en este estado creativo sin fin. En este juego con uno mismo se asume el destino y la esencia de la imaginación que nos sacude en la multiplicidad de la lucha cambiante. Siendo individuos de acción, de risa, de entusiasmo, no se teme a la muerte y se puede crear la vida como un juego libre. El verdadero juego artístico es el que se juega con uno mismo.

BIBLIOGRAFÍA

LLOYD-JONES, Hugh. *Blood for the ghosts: Classical Influences in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, London, Duckworth, 1982.

NIETZSCHE, Friedrich. *El origen de la tragedia*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2000.
Aurora, Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, 1967.
La Gaya Ciencia, Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, 1967.

CORTEZ JIMÉNEZ, David. *Nietzsche, Dioniso y la Modernidad*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2001.

SHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad y representación, vol. II*, Madrid, Círculo de Lectores, S.A., 2003.

VARELA, G. *La filosofía y su doble. Nietzsche y la música*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2008.

ABRAHAM, Tomás. *El último oficio de Nietzsche*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005.

DOODS, E. R. *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1980.